

FIDESCU Y UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA



Trabajo Fin de Máster en Literatura Hispanoamericana y su Aplicación a la Docencia

Título:

**El Romanticismo. Su influencia en la formación
de la nacionalidad y la cultura cubanas**

Autor:

Adalberto Martín

junio, 2022

Índice

Introducción	3
Capítulo I: Aproximación al contexto histórico cubano del siglo XIX	5
1.1. Algunos fundamentos teóricos necesarios	5
1.2. El proceso de formación de la nacionalidad y la cultura cubanas	9
1.3. La sociedad cubana del siglo XIX	11
Capítulo II: El Romanticismo. La nacionalidad y la cultura cubanas	18
2.1. El Romanticismo. Literatura, identidad y cultura	18
2.2. Principales exponentes y géneros, sus aportes a la cubanía	22
2.2.1. La poesía romántica. Principales representantes	22
2.2.2. La narrativa cubana del romanticismo	36
2.2.3. El teatro romántico del siglo XIX	38
2.3. El Siboneyismo y el Criollismo. Sus acentos más nacionalistas	44
Conclusiones	47
Bibliografía	49

Introducción.

La escuela del siglo XXI debe convertirse en promotora cultural y apostar por una formación más integral de las nuevas generaciones para enfrentar la compleja situación del mundo contemporáneo. Esto está caracterizado por el incesante desarrollo de la ciencia, la multiplicación de los saberes, la tecnología, la información, las comunicaciones y las consecuencias que estos cambios generan desde el punto de vista espiritual. Por lo que uno de los más grandes desafíos que tiene la sociedad ante sí es perfeccionar la formación del hombre, fortaleciendo sus valores, para que pueda comprender el mundo que lo rodea y participar activamente de su transformación.

Educar en el siglo XXI significa atender a la diversidad y a la masividad de los procesos educativos, promover modos y estilos de actuación que contribuyan a la formación cultural de adolescentes y jóvenes. Pues se hace cada vez más necesario cultivar la convivencia pacífica, el respeto a la diversidad, las relaciones armónicas, el diálogo y la comunicación entre las personas en aras de lograr un mejor comportamiento social y dotar a los estudiantes de las habilidades y herramientas imprescindibles para su inserción social.

El conocimiento de la historia, como fuente de cultura y valores, tiene gran relevancia por su implicación en la transmisión y asimilación de hechos y procesos que adquieren significación para las personas, en tanto, se autorreconocen y se identifican, teniendo en cuenta el profundo nexo existente entre conocimiento y sentimiento. Al desplegar las potencialidades de esta disciplina desde un enfoque científico integral, la literatura ocupa un importante lugar, ya que refleja la contextura de las mentalidades, la espiritualidad y las circunstancias históricas del pueblo que la produce como medio expresivo y estético.

La literatura cubana está estrechamente vinculada al proceso histórico de la isla y tiene sus propias características. Al respecto, el crítico uruguayo Alberto Zum Felde planteó: “Somos occidentales de América, no de Europa”. “Ocupamos una posición histórica especial; tenemos nuestras determinantes propias dentro del vasto sistema universal del occidentalismo. Existe un complejo de factores físicos y anímicos que obran en nosotros, conformando modalidades del ser concreto, así como han obrado y obran en otras agrupaciones humanas los factores propios de su existencia en el espacio y en el tiempo que les fueron destinados” (Zum Felde, 1943).

Esta selección del tema del Romanticismo en Cuba tiene en cuenta la influencia e importante papel desempeñado por este movimiento artístico y literario en el proceso de formación de la nacionalidad, nación y la cultura de la isla antillana, pionera en América. Lo cual, visto en el complejo entramado de relaciones sociales presentes en la colonia del siglo XIX, con sus peculiaridades, marcó el inicio de una literatura autóctona, en tanto, sus principales exponentes, a pesar de su diversidad ideológica, expresaron en sus creaciones un conjunto de elementos esenciales que identificaron y enriquecieron a la cultura cubana.

El crítico y ensayista cubano Cintio Vitier planteó lo siguiente sobre el romanticismo cubano: “A pesar de sus inevitables influencias europeas [...] fue sin dudas un vigoroso movimiento de independencia espiritual con manifestaciones políticas mayores o menores, según los casos, aunque en el fondo siempre la implicación política profunda, y caracterizada por los rasgos específicos: la autonomía y el valor” (Vitier, 1990).

No pretendo hacer una antología del Romanticismo en Cuba, ni de sus autores, ni tampoco de sus obras. Esta es tarea de especialistas con mayor formación académica. Tampoco tengo en mente recrear toda la historia. Mi modesto empeño consiste en destacar los puntos de contacto, los nodos imprescindibles que entrelazan la historia con la literatura en el tratamiento del tema y, en ese intercambio, lo que aportaron a la nacionalidad y a la cultura. En ello radica la novedad de la presente investigación. Su originalidad está precisamente en la influencia del Romanticismo como movimiento artístico literario y con él, el nacimiento de una literatura autóctona y la formación de un pensamiento independentista que impulsó la lucha por la liberación nacional en el periodo de 1860, a partir de las características que adoptó este movimiento en la isla.

Entre las motivaciones para la selección de este tema, puedo señalar la búsqueda de una alternativa en respuesta a una de las grandes problemáticas de los centros escolares en los Estados Unidos de Norteamérica, fundamentalmente en el estado de la Florida. Esta problemática se debe a la diversidad cultural existente en las comunidades educativas de Miami, ciudad donde resido actualmente, formadas principalmente por inmigrantes residentes y naturalizados y descendientes de estos, en su mayoría hispanoparlantes, provenientes de los diferentes países de Hispanoamérica, específicamente de Cuba, como resultado del incremento durante los últimos años del fenómeno migratorio. Y con todo esto se ha generado una profunda complejidad en el sistema de enseñanza por las costumbres particulares que cada estudiante posee de su país de origen. También, el interés

del autor por los temas históricos y literarios se debe al ser inmigrante, cubano y profesor de Español y Literatura Hispanoamericana, además de ser representante de la Sociedad Nacional Honoraria Hispánica que se dedica a propagar la cultura de los países hispanohablantes y su lengua.

El presente trabajo tiene como objetivo valorar la contribución del Romanticismo en el proceso de formación de la nacionalidad y la cultura cubanas. Lo cual implica destacar las características propias de la literatura cubana, donde sobresalen un grupo de intelectuales que, unidos por la clara voluntad de participar en el debate nacional, obran a favor del reconocimiento de lo cubano. Y en cuyas composiciones, de manera general, resaltaron la naturaleza cubana, los sentimientos de libertad e independencia política, como símbolos de una nacionalidad y cultura en formación.

El trabajo está estructurado en introducción y dos capítulos. El primero de ellos hace referencia a los fundamentos teóricos en el que se sustenta y el contexto histórico cubano en el que influyó el Romanticismo. El segundo capítulo caracteriza el movimiento Romántico en Cuba, el cual destaca sus principales exponentes, géneros y obras, a partir de sus aportes a la nacionalidad y la cultura cubanas, además de las conclusiones y la bibliografía.

Capítulo I: Aproximación al contexto histórico cubano del siglo XIX

1.1. Algunos fundamentos teóricos necesarios

A continuación, se hace referencia a algunos presupuestos teóricos imprescindibles para entender la lógica asumida en el presente trabajo. También, descubre los nexos entre la historia y la literatura, donde se observa la comprensión de la influencia del movimiento Romántico en el proceso de formación de la nacionalidad, la nación y la cultura cubanas.

Es muy necesario hoy en día que el profesor posea una preparación cultural y científica que le permita cumplir eficazmente con su encargo social como premisa básica para la toma de conciencia de sí mismo como sujeto y de su responsabilidad dentro de la sociedad. Lo cual implica su propio crecimiento personal y el despliegue de una educación cultural e interdisciplinaria, por lo que es imprescindible que tenga una visión holística de la realidad. Solamente así es posible la comprensión cabal de la sociedad y su transformación consciente.

Partiendo de esa premisa, el autor del presente tema asumió para el desarrollo de este, el enfoque científico integrador de la ciencia histórica que parte de la cultura en su acepción más amplia y en

su indisoluble relación con la historia y la sociedad. Lo cual permitió el análisis integral de la sociedad cubana del siglo XIX, en sus diferentes manifestaciones, incluido el arte y la literatura como fuentes del conocimiento, por ser el marco histórico donde influyó el Romanticismo, el cual adoptó sus propias características en Cuba.

José Martí planteó al respecto: “¿De qué vale, ni qué asegura aprender la vida práctica de un pueblo, si no se habitúa el alma al trato de los que han sabido vivir para conservarlo o morir cuando ha sido preciso, en su defensa?” (Martí, 1975, 207). Y es que la comprensión de la importancia de la historia y sus criterios en torno al método de estudio de la sociedad se reflejan cuando una vez más expresó: “... ¿Cómo hemos de llegar al conocimiento de la humanidad futura y probable sin el conocimiento exacto de la humanidad presente y la pasada? Esta es una humanidad que se desenvuelve y se concentra en estaciones y en fases. Lo que pasa en algo queda. Para estudiar los elementos de la sociedad de hoy es necesario estudiar en algo los residuos de las sociedades que han vivido. Con sereno juicio, con desconfiado ánimo, con lógica rectitud, con habilidad y comparación y fino escrúpulo...” (Martí, XXI, 75-76). Esto revela sin dudas su acercamiento a la sociedad como totalidad, desde la integralidad de la cultura, la cual brota de su visión amplia de la realidad.

El propio Martí es un gran ejemplo práctico, cuando publicó los versos que él mismo llamó “Poetas de la Guerra”. Los cuales fueron recopilados por Serafín Sánchez, no por el valor poético de los mismos, sino porque estos constituían y constituyen crónicas de la guerra. Siendo así un testimonio vivo para transmitir sentimientos, actitudes y experiencias de vida. Su objetivo concreto fue lograr que no se perdieran con la muerte de sus autores aquellos versos que cantaban a la realidad. De esta manera, la historia y la cultura quedaron relacionadas por medio de la literatura, entre otras formas de interconexión existentes.

Tomar la cultura como importante presupuesto fue una compleja tarea. Esto fue debido a sus múltiples acepciones y usos en la actualidad, los diversos matices, sentidos, amplitud y difusión con que se emplea en la práctica científica contemporánea, ya que se pueden encontrar las más diversas definiciones, juicios e interpretaciones sobre la cultura, por su amplia utilización en las disciplinas concretas, donde cada una de ellas asume el concepto según sus objetivos, tareas y exigencias, resultado directo, ante todo, de su carácter multifacético. A continuación, se exponen algunos ejemplos de lo planteado.

El antropólogo británico Edward B. Tylor concibió la cultura en 1871 como: "... esa totalidad que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos que el hombre adquiere como miembro de la sociedad" (Lévi-Strauss, 1992, 368). Por su parte, la UNESCO (1982) plantea: "La cultura es el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales; intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o grupo social y que abarca además las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias."

Sin embargo; (Verhelst, 1994, 42) la definió de este modo: "La cultura es algo vivo, compuesta tanto por elementos heredados del pasado como por influencias exteriores adoptadas y novedades inventadas localmente. La cultura tiene funciones sociales. Una de ellas es proporcionar una estimación de sí mismo, condición indispensable para cualquier desarrollo, sea este personal o colectivo". Y James J. planteó: "La cultura es síntesis de la conciencia de los hombres, sus juicios y criterios, permiten la comunicación estable entre sus integrantes y el direccionamiento de la acción social de los mismos, en un sentido que incluye el reconocimiento recíproco, todo lo que hacen los hombres es cultura en tanto tenga un resultado social" (James, 2000, 4).

Bachmann, otro importante investigador, planteó: "... Esta forma de vivir y desarrollarse como grupo es lo que llamamos la cultura: las creencias religiosas, las ideas políticas, el arte, el trabajo, la tecnología. La cultura es todo aquello que ha sido aprendido o producido a partir de las relaciones sociales; es decir, son las cosas materiales, las ideas y las creencias de una sociedad, que se heredan pero que también se transforman y se reconstruyen a través de las diferentes generaciones..." (Bachmann, 1999, 32). Clifford Geertz definió la cultura como: "un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en las formas simbólicas con las que los seres humanos comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y actitudes frente a la vida. En síntesis, la cultura es el universo simbólico, o red de significados, creado por los seres humanos para poder desarrollar en él su existencia". Mientras que para Simmel "la cultura es el cultivo del espíritu que resulta de un proceso de progreso de la especie hacia la realización plena y perfecta de la verdadera naturaleza del ser humano". Y según Raymond Williams "la cultura es un proceso de desarrollo intelectual, espiritual y estético" (Bericat, 2017, 124-127).

Después de exponer las definiciones anteriores y teniendo en cuenta el objetivo del trabajo que se presenta, el autor asume que la cultura es el conjunto de realizaciones materiales y espirituales, resultado de la multifacética actividad humana, las destrezas, procedimientos, modos de actuación y los resultados obtenidos en la transformación de la realidad. Lo cual implica creación y apropiación, donde se incluye la tradición, la herencia, la continuidad y ruptura, el enriquecimiento, superación y desarrollo. Y es también la acumulación de saberes y la producción de significados en el contexto de las relaciones sociales.

Hay que destacar que la historia no es simplemente una relación temporal de sucesos, sino la explicación y concatenación de estos, por lo que implica el análisis de las diversas manifestaciones que expresan el carácter multifacético de la realidad y los que la transforman. Es la síntesis de una época que solo se alcanza a comprender si se descubren los más diversos elementos de los procesos historiados y que deben reflejar los intereses, necesidades, ideas, costumbres, sentimientos y valores que afloran en ella. Estos son elementos de especial significación para comprender lo que aportó el Romanticismo al proceso de formación de la nacionalidad y la cultura cubanas, que lo hizo peculiar y distintivo en el contexto histórico que se desarrollaba en aquel entonces, sin apartar su relación con lo regional y lo universal.

Otros presupuestos importantes relacionados con el presente trabajo son de nacionalidad, de identidad y de cultura, los cuales aparecen asociados a diferentes ensayos literarios, históricos, filosóficos, antropológicos, económicos, políticos, sociológicos, entre otros. De la consulta de estos, el autor asume la nacionalidad como la comunidad territorial, histórica, lingüística y cultural que identifica a un pueblo. Y así mismo, la identidad es el reconocimiento a lo propio, lo permanente, que implica reconocimiento de sí, la autoconciencia y el respeto a la diferencia. Según la UNESCO la identidad cultural es: “el sentimiento que experimentan los miembros de una colectividad que se reconocen... y se expresan con fidelidad libre y plena” (Hart, 1989, 9).

En este sentido, el presente trabajo pretende reflejar cómo los miembros de la comunidad criolla en siglo XIX contribuyeron a la formación de una identidad cultural a partir de la manera en que percibieron el medio natural y social donde se desarrollaron y, en consecuencia, pensaron, actuaron y crearon. A su vez, destacando el autorreconocimiento de lo singular con respecto a otros, que expresaron a través de sus sentimientos, actitudes y acciones, para luego tomar conciencia de pertenencia a ese colectivo unido territorial, histórica y culturalmente.

Para seguir una lógica coherente, en el próximo epígrafe se hace referencia a elementos históricos esenciales sobre el proceso de formación de la nacionalidad, la nación y la cultura cubanas que sirven como antecedentes imprescindibles para la comprensión del complejo panorama con el que Cuba afloró en el siglo XIX.

1.2. El proceso de formación de la nacionalidad y la cultura cubanas

“Resulta verdaderamente contradictorio ver debatir a los literatos o filósofos acerca de los problemas más importantes del devenir cubano sin la más mínima mención de los elementos sustanciales que explican la historia. No es ya sólo el debate de las ideas por las ideas mismas sino, aún más graves, el debate de la historia sin historia...” (Torres Cuevas, 2006).

De la cita del párrafo anterior, se puede resaltar la imposibilidad de abordar la influencia del Romanticismo en Cuba sin hacer referencia al proceso histórico de la formación de la nacionalidad, nación y cultura cubanas con sus características generales. También, así como la diversidad de factores que inciden en el mismo. Por lo que, en el presente epígrafe, se abordan los elementos más significativos del mismo, los acontecimientos y el pensamiento de las personalidades que marcaron pautas en la integración sociocultural que condujo a la formación del pueblo y la cultura nacional, de manera que se facilite la comprensión de este proceso, evidenciando la relación entre la historia, la cultura y la sociedad.

La formación del pueblo cubano es un proceso histórico largo y complejo que tiene varias etapas. Dicha formación está estrechamente vinculada al desarrollo alcanzado por el capitalismo mercantil en Europa y su expansión a través de la conquista y colonización de nuevos territorios, entre ellos, Cuba. Con el consecuente impacto de este hecho en la población autóctona de la isla, lo que se puede afirmar es que en la formación de lo cubano incidieron factores económicos, étnicos, medioambientales, políticos, ideológicos, jurídicos, teológicos, éticos, estéticos, lingüísticos y artísticos-literarios que lo hicieron muy complejo.

Las propias características de la explotación colonial incidieron en la formación del pueblo cubano. Cuba fue una dependencia colonial que produjo para el mercado mundial, según los intereses de España. Las actividades económicas que se realizaron estuvieron en función de ello y variaban, así como las formas de explotación de la tierra. España ejerció un fuerte control sobre el comercio para garantizar la extracción de las riquezas, que trajo por consecuencia un lento y desigual

desarrollo del país. En lo político, las instituciones que se establecieron y los funcionarios enviados desde España fueron los encargados de mantener el dominio colonial, desde el punto de vista jurídico, mediante las Leyes de Indias, Reglamentos y Ordenanzas Reales.

La llegada de los conquistadores impactó las comunidades aborígenes de la isla con un menor nivel de desarrollo, pero con su propio universo cultural, a las cuales le fueron impuestas, lenguaje, religión, costumbres diferentes, enmascaradas tras el Sistema de Encomiendas como forma de explotación de la fuerza de trabajo, para la extracción de oro. A consecuencia de ello, la población indígena fue totalmente exterminada de la isla, aunque su legado pasó a ser parte del patrimonio cultural cubano. La fuerza de trabajo indígena fue suplida por la del negro africano en calidad de esclavo. Estos esclavos que introdujeron en Cuba estaban directamente relacionados con la producción azucarera, razón que explica la diversidad de etnias y culturas presentes en el país.

Lo anteriormente expuesto explica la presencia en Cuba de una cultura que Fernando Ortiz llama mulata, debido al proceso de transculturación, quien plantea al respecto: "... la mulatez o mestizaje no es un hibridismo insustancial, ni eclecticismo, ni decoloración, sino simplemente un *tertium quid*, realidad vital y fecunda, fruto generado por cópula de pigmentaciones y culturas, una nueva sustancia, un nuevo color, un alquitirado producto de transculturación." (Ortiz, 1940). Y según esto, la cultura cubana es el resultado de los variadísimos fenómenos que se produjeron como consecuencia de la adaptación, el intercambio, la selección y la integración de elementos de las diferentes culturas presentes en Cuba en el siglo XVI y que dieron origen a un producto nuevo.

Aunque la conquista y la colonización se produjeron a partir de 1510, no es hasta el contexto de la segunda mitad del siglo XVI que se puede hablar del surgimiento de la sociedad criolla. Esta sociedad expresó la integración de aborígenes, africanos y europeos, resultando así la interrelación étnica y cultural, que se enriquecía paulatinamente a lo largo del proceso histórico, con la influencia de otros núcleos culturales. Significativa fue la impronta, en este proceso, de las diversas etnias y culturas procedentes del continente africano a consecuencia de la trata negrera y la esclavitud. Esto implicó la adaptación al medio natural y social existente en la isla, además de complejos procesos de asimilación, absorción y fusión, cuya resultante fue nueva, la cual no era aborígen, africana, ni española. Y el etnólogo cubano Fernando Ortiz denominó este fenómeno como: "Transculturación".

La sociedad criolla evolucionaba lentamente durante el siglo XVII para consolidarse en el XVIII, donde se perfilaban estamentos y clases sociales que caracterizaron la colectividad que se estaba conformando. Dentro de este proceso, tienen marcada trascendencia la evolución de la producción de tabaco y azúcar, a la cual se hace referencia más adelante, por su significación dentro del contexto histórico en el que influye el Romanticismo. En este contexto, también los sentimientos y actitudes comenzaban a manifestar un sentido de pertenencia a las tierras de ultramar. Y la prueba más fehaciente fue la actitud valerosa asumida por las milicias criollas en la defensa de La Habana ante la invasión inglesa en 1762. Esta oposición expresaba los intereses de esa colectividad en formación.

Por la importancia que tiene para el desarrollo del presente trabajo, en el siguiente epígrafe se hace referencia al proceso de formación de la nacionalidad, nación y cultura cubanas en el siglo XIX. Y todo esto es por ser el marco histórico concreto donde incidió el Romanticismo, caracterizado por el tránsito, auge y consecuente crisis de la sociedad esclavista.

1.3. La sociedad cubana del siglo XIX

En el presente epígrafe se aborda el siglo XIX cubano por su significación decisiva en el proceso de formación de la nacionalidad y la cultura cubana. La caracterización de este y los principales acontecimientos y personalidades que afloraron en él permiten evidenciar la aparición de los primeros símbolos de la cubanía, un pensamiento propio y las ansias de libertad. Las cuales llevaron al estallido de las luchas por la independencia a partir de 1868 hasta finales de siglo, cuyo resultado más importante es la nación cubana.

Para la comprensión cabal de lo ocurrido en el siglo XIX, es necesario hacer referencia a dos acontecimientos que marcaron, por su significación, el decurso histórico de la isla. Estos son la invasión inglesa a La Habana en 1762 y la política de Despotismo Ilustrado que España llevó a cabo con la restauración de su poder en el país. El primero de estos hechos, a pesar de los beneficios económicos que reportó, demostró el sentido de pertenencia y amor que ya tenían los criollos a la tierra donde habían nacido, por la valerosa actuación en la defensa de La Habana, representados en las milicias, donde sobresalen también, negros y mulatos por su combatividad y empuje.

Se puede afirmar que lo cubano es el resultado del propio desarrollo social alcanzado por la sociedad criolla para finales del siglo XVIII. El libre comercio durante los 11 meses de la

ocupación inglesa que había disfrutado La Habana trajo como consecuencia el estímulo e incremento de la producción de azúcar, café y otros productos tropicales de amplia demanda en el mercado mundial. También, la acumulación de capitales por parte de la burguesía para realizar nuevas inversiones. Además, después del cese de esta, la monarquía española adoptó nuevas concepciones en la manera de gobernar de Despotismo Ilustrado y a partir de 1878 España promulgó el Reglamento de Libre Comercio de España e Indias. Estos elementos constituyeron los factores internos que permitieron el tránsito a la sociedad esclavista.

El periodo del Despotismo Ilustrado es sumamente significativo debido a la política de reformas desarrollada por los Capitanes Generales enviados a Cuba. Cuando se restauró el poder español, estos Capitanes Generales se rodearon y asesoraron por la llamada élite cultural o ilustración criolla, entre los que se destacaron científicos, economistas, filósofos, los poetas, entre otros. Y para evidenciar aquí el desarrollo alcanzado por la sociedad cubana, se pueden mencionar las obras construidas tales como: la Alameda de Paula, el Teatro Principal, La Catedral de La Habana, El Palacio de los Capitanes Generales y del Segundo Cabo, entre otras. Además, se fundó La Real Sociedad Económica Amigos del País, institución que jugó un importante papel en el siglo XIX, el Papel Periódico de La Habana y la primera Biblioteca Pública.

Según el historiador Eduardo Torres Cuevas, esta élite criolla constituyó la primera expresión totalizadora autóctona de un quehacer político, intelectual, científico, económico y militar cubanos. Aquí se puede mencionar a Felipe Poey Aloy, estudioso de la fauna marina cubana, a José Agustín Caballero, filósofo, considerado Padre de la Pedagogía y la Filosofía en Cuba, y el primero en plantear que esta debía tener un gobierno propio. También, dentro de esta élite están Tomás Romay Chacón, quien introdujo la vacuna antivariólica en Cuba, Francisco Arango y Parreño, ideólogo de la burguesía esclavista, Nicolás Calvo de la Puerta y O'Farril, Joaquín Santa Cruz y Cárdenas, quien se destacó por ser el primero en experimentar con la máquina de vapor en Cuba como resultado de sus estudios prácticos en el fomento agrícola, y Manuel de Zequeira Arango, poeta. Todos los aquí mencionados constituyeron los principales exponentes del grupo de criollos.

La Guerra de Independencia de las Trece Colonias Inglesas (1775-1783), la Revolución Francesa (1789) y la Revolución de Haití fueron los acontecimientos internacionales que influyeron, de manera decisiva, en la transformación de la realidad cubana. Mientras que ocurrían estos hechos,

en el mercado europeo aumentaba la demanda de productos tropicales, tales como azúcar, café y tabaco, convirtiéndose así en los más cotizados.

Dentro de este marco, fue muy significativo el estallido de la guerra en Haití (1791). Pues la ruina de sus plantaciones de azúcar y café trajo como consecuencia que Cuba ocupara su lugar de primer exportador mundial de azúcar. A partir de este momento, se expandieron las plantaciones de azúcar y café, las haciendas ganaderas tradicionales también se transformaron en unidades más productivas, incorporándose amplias zonas a la producción para la exportación, principalmente en la región occidental, lo que proporcionó grandes dividendos a sus propietarios.

En el siglo XIX, Cuba pasó de la sociedad criolla a la esclavista y se produjo el auge y crisis de esta. Los procesos económicos, las ideas políticas, el modo de vida y la creación artística tuvieron mayor dinamismo y complejidad. En ella se evidenció la presencia de elementos propios, autóctonos, resultado de la fusión criollo-hispano-africana fundamentalmente. El proceso de integración sociocultural continuó a lo largo de este periodo y profundizó las diferencias con los intereses de la metrópoli, fundamentalmente en el plano ideológico. También, se inició el camino hacia la formación e integración nacional.

Hay que resaltar, por su importancia, los profundos cambios que se produjeron en la composición demográfica y social. Con el auge de las plantaciones de azúcar y café creció rápidamente la población. Hay que agregar además el efecto de la introducción masiva de negros africanos en calidad de esclavos. Solamente entre 1790 y 1820, trajeron al país, producto de la trata negrera, alrededor de 230000 africanos, generalizándose la esclavitud como la base de toda la actividad productiva, mayormente la agrícola y la doméstica, sin excluir otras actividades.

A partir de este momento, la esclavitud tuvo una extraordinaria connotación en la sociedad cubana. Todas las relaciones y procesos que ocurrieron estaban estrechamente vinculados a ella. Los esclavos no fueron considerados parte de la población y el color de la piel tuvo repercusiones significativas, acentuando la marginación de este sector social, imponiendo barreras condicionantes a la sociedad cubana, que además de ser clasista, tenía una estructura estamental muy rígida. Es importante destacar que esta situación influyó en el retardo del proceso de integración nacional.

La extensión de la plantación, fundamentalmente en el occidente del país, y la expansión de la producción azucarera influyeron en la formación de una economía nacional, dinamizando el proceso productivo-comercial, a pesar de las barreras comerciales impuestas por España. La interacción social que se produjo entre los diversos actores presentes incidió en la nueva configuración de lo cubano y contribuyó al desarrollo de una conciencia patriótica que se expresó en el surgimiento y maduración de un pensamiento propio que, a su vez, fue evidencia de la presencia de elementos concretos de la nacionalidad y cultura cubanas.

Expresión de ese pensamiento propio en la sociedad esclavista del siglo XIX, fueron las tres tendencias ideopolíticas que se perfilaron. Y estas fueron: Reformismo, Independentismo y Anexionismo, ya que reflejaron el nivel alcanzado en la formación de la nacionalidad cubana. Hay que destacar que, en ese pensamiento revolucionario, influyeron la labor desplegada por el Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos y la Sociedad Económica de Amigos del País, instituciones que jugaron un papel fundamental en este periodo. Y dichas instituciones contribuyeron a la divulgación de la cultura y la formación de una nueva generación de criollos que después pensaría de manera diferente.

La situación descrita retardó el proceso de integración nacional porque todo proyecto o alternativa económica, política o ideológica tuvo que asumir una posición ante la esclavitud. De esta manera los productores criollos se transformaron en burguesía esclavista, porque producían para el mercado capitalista, explotando la fuerza de trabajo esclava y, según estos intereses, sería más tarde su concepción con respecto a la esclavitud y los problemas fundamentales del país. Así estos elementos fueron reflejados en el pensamiento cubano de la primera mitad del siglo XIX.

El Reformismo fue una de las concepciones ideológicas con mayor presencia durante la primera mitad del siglo XIX. Este representó los intereses de la burguesía esclavista, cuya burguesía adoptó las reformas como vía para el desarrollo cubano. A su vez, tuvo tres etapas en concordancia con los vaivenes de la política metropolitana y el estadio del desarrollo de la sociedad esclavista: (1763-1820), (1830-1837) y (1860-1866). En derredor de esta corriente se destacaron hombres que, independientemente de su posición clasista, desarrollaron una extraordinaria labor en favor de la cultura cubana, José A. Saco (1797-1879), José de la Luz y Caballero (1800-1862) y Domingo del Monte (1829-1883). Siendo estos los más prominentes por su vinculación a las letras cubanas, de los cuales, algunos de ellos son abordados en el capítulo II del presente trabajo.

Francisco de Arango y Parreño (1765-1837) es uno de los promotores de la creación de la Sociedad Económica de Amigos del País, perteneciente a la nueva generación de plantadores azucareros. Quien también fue nombrado Consejero de Indias. Y nadie como él supo expresar mejor el proyecto económico, social y político de su clase, la que era dueña de la riqueza y la cultura en la isla y el equilibrio entre los intereses metropolitanos y los de la burguesía esclavista. Fue el ideólogo de la primera etapa reformista. Sus principales demandas fueron la libertad comercial, la propiedad sobre las tierras, el desestanco del tabaco, el mantenimiento de la trata, la esclavitud e inmigración blanca. En lo político, estos burgueses pensaban en Cuba como nacionalidad y en España como nación, por ello, pidieron la asimilación o autonomía, apareciendo, a la vez, el concepto de “patria chica”.

En la década de 1830, los liberales nuevamente asumieron el poder en España, liderados por la Regenta María Cristina, cuyo objetivo era contribuir al desarrollo de la metrópoli con la explotación de las colonias con una concepción capitalista. Y como consecuencia de esto se agudizaron las contradicciones con la burguesía esclavista. Fue enviado a la isla Miguel Tacón como Capitán General, quien favoreció con su política los intereses de la burguesía peninsular. Durante su mandato atizó las diferencias entre criollos y peninsulares. También fue el responsable directo del destierro de José Antonio Saco. Y con todo esto impidió a los reformistas criollos participar en las Cortes y expresar sus criterios, planteando que las colonias serían gobernadas por leyes especiales.

José Antonio Saco fue el representante fundamental del reformismo liberal. Él se destacó por su obra en favor de la cultura cubana, fue fundador y colaborador de diversas publicaciones e instituciones importantes, desde donde criticaba fuertemente a la sociedad colonial. También elaboró un proyecto económico para la eliminación de la trata y de la esclavitud, fue partidario de fomentar la inmigración blanca y el trabajo asalariado en sustitución del esclavo. Su posición antiesclavista y la crítica hacia las lacras de la dominación colonial, lo convirtieron en enemigo de la burguesía esclavista y el gobierno colonial. Por estas razones, fue expulsado de Cuba en 1834.

En la década de 1860, y en relación con el rumbo de la política en la metrópoli, una nueva etapa reformista se desarrolló en Cuba. En aquellos momentos se manifestaron los síntomas de una profunda crisis de la sociedad esclavista que, unido a los acontecimientos internacionales ocurridos en este marco, provocaron que los reformistas solicitaran nuevas peticiones, pero sus exigencias

no fueron oídas, muy por el contrario, los aranceles comerciales se elevaron hasta un 10%, empeorando la situación del país. Lo anterior sumado a la limitación de las libertades políticas y democráticas, agudizaron al extremo las contradicciones con el poder colonial, de tal manera que, agotados todos los recursos, la única solución posible era la independencia.

Por su parte, la vertiente independentista del pensamiento cubano expresó su auge entre 1820 y 1830, gracias a la influencia del proceso de liberación de las colonias hispanas (1810-1825). Este pensamiento tiene sus raíces en la profunda obra renovadora desarrollada por el Obispo Espada (1756-1832) en el Seminario de San Carlos y la Sociedad Económica de Amigos del País, distinguido por su pensamiento antiesclavista, su actitud en contra de los intereses que defendía la oligarquía criolla. También, contribuyó a romper con la concepción de la cultura como patrimonio de la clase dominante con la enseñanza escolástica y abriendo el camino a una nueva generación de criollos interesados en el desarrollo de Cuba.

Estas ideas modernas calaron en la joven generación, especialmente en Félix Varela y Morales (1788-1853), quien era profesor de Filosofía del propio Seminario, cambiando radicalmente su interpretación de la sociedad, a partir de la transformación de sus métodos de enseñanza. Influyó en sus alumnos, contribuyendo a la formación de una conciencia patriótica diferente a la que existía en Cuba. En sus ideas se encuentran las bases del pensamiento revolucionario cubano. Su concepción de patria tuvo un profundo contenido popular, señalando, que la misma no debía tener matices clasistas ni raciales y su defensa es deber de todos. También fue portador de estos valores éticos. Y entre los ilustres pensadores cubanos que educó se encuentra a José A. Saco y José de la Luz y Caballero.

El Presbítero Félix Varela trabajó ideas esenciales, tales como el desarrollo de la ciencia a la par de la conciencia, pues solo se toma conciencia cuando se conoce profundamente la realidad circundante. Defendió principios importantes desde su accionar al preferir el bien común al individual, hacer solo lo que es posible hacer, no hacer nada que vaya contra la unidad de la sociedad y la independencia como solución inevitable a los problemas de la isla. Y todo esto promovido por los propios cubanos sin participación extranjera, planteando lo siguiente: “tan isla en lo político como lo está en la naturaleza”. Estos principios fueron divulgados en “*El Habanero*”, periódico que comenzó a publicar en 1824.

El pensamiento independentista de Varela actuó como formador de conciencias, trascendiendo a las capas medias urbanas, a un sector de la juventud, al campesinado, a los sectores segregados y oprimidos de la sociedad colonial. En este periodo se produjo un gran número de conspiraciones independentistas como “Rayos y Soles de Bolívar” en 1823, la dirigida por el alférez Gaspar Antonio Rodríguez en 1824, la encabezada por los jóvenes camagüeyanos Francisco Agüero y Andrés Manuel Sánchez, vinculados con revolucionarios colombianos en 1826. También, en ese mismo año, la Expedición de los Trece, que no pudo lograr desembarcar en Cuba, La Gran Legión del Águila Negra, vinculada a revolucionarios mexicanos en 1829, y la Cadena Triangular y Soles de la Libertad (1837). Todas estas conspiraciones estaban vinculadas, de una manera u otra, a personalidades de los diferentes movimientos independentistas de países de Hispanoamérica.

Por último, pero no menos importantes, son las ideas anexionistas que se desarrollaron a la par de las anteriormente expuestas, que se manifestaron con mayor fuerza en Cuba entre 1845 y 1855. Estas representaron los intereses de una parte de la burguesía esclavista que vieron la nación vecina del norte como un modelo para el desarrollo de la isla y, por lo tanto, vieron en la anexión una vía de realización de sus aspiraciones. El anexionismo tuvo diversas expresiones, prueba de ello fueron las distintas conspiraciones y alzamientos que se produjeron. Dentro de las que se destacaron están las expediciones llevadas a cabo por Narciso López en 1850 y 1851, las cuales fueron reprimidas por las autoridades coloniales. Y como resultado de la expedición de 1850, se izó por primera vez la bandera nacional en Matanzas.

Demostración del nivel alcanzado en la formación de la nacionalidad cubana en la primera mitad del siglo XIX fueron las ideas expresadas por José Antonio Saco y su enconada polémica con los anexionistas cubanos en defensa de la nacionalidad, quien al respecto planteó: “...Confieso que no es fácil definir claramente esta palabra; en vez de valerme de definiciones imperfectas y oscuras me serviré de ejemplos y diré: Todo pueblo que habita en un mismo suelo, y tiene un mismo origen, habla una misma lengua, unos mismos usos y costumbres y profesa una misma religión, ese pueblo tiene una nacionalidad.”

Una vez más, en esta siguiente cita, Saco planteó: “... ¿no existe en Cuba un pueblo que procede del mismo origen, habla una misma lengua, tienen los mismos usos y costumbres, y profesa además una sola religión, que aunque común a otros pueblos, no por eso deja de ser uno de los rasgos que

más le caracterizan? Negar la nacionalidad cubana es negar la luz del sol de los trópicos en punto de mediodía”¹.

La defensa de la nacionalidad cubana fue expresada de forma magistral en su obra “*Contra la Anexión*”, donde expuso: “... pero yo desearía que Cuba no solo fuese rica, ilustrada, y moral y poderosa, sino que fuese Cuba cubana y no angloamericana” (Aguirre, 1974, 443). Y después el mismo Saco, otra vez, escribió: “La nacionalidad cubana de que yo hablo y que me interesa transmitir a la posteridad, mejorándola en lo posible, es la que representa nuestro antiguo origen, nuestra lengua, nuestros usos y costumbres y nuestras tradiciones. Todo esto constituye la actual nacionalidad que se llama cubana porque se ha formado y arraigado en una isla que lleva el nombre de Cuba...” (Aguirre, 1974, 445).

La literatura y el arte como expresión de la cultura no estaban ajenas a las transformaciones que se operaban en la sociedad cubana, también evolucionaron en consonancia con los procesos económicos, políticos, ideológicos, éticos, etc. Las creaciones llegaron a romper los moldes y estilos establecidos en la sociedad criolla del siglo XVIII. El imaginario creador reflejó la realidad que le circundaba, mediado por las influencias universales y regionales. Precisamente, al análisis de la influencia del Romanticismo en el proceso histórico cubano, su contribución a la formación de la nacionalidad, la nación y la cultura y su reflejo en las letras cubanas dedico el Capítulo II del presente trabajo.

Capítulo II: El Romanticismo. La nacionalidad y la cultura cubanas

2.1. El Romanticismo. Literatura, identidad y cultura

El Romanticismo se originó en el Reino Unido y en Alemania, a finales del siglo XVIII, y se extendió rápidamente por toda Europa. Es un movimiento cultural que abarcó todas las artes. Su concepción constituyó una reacción frente al racionalismo de la Ilustración y marcó la ruptura con la tradición clasicista y las reglas estereotipadas. La exaltación del “yo” y la búsqueda de la libertad auténtica son incuestionablemente rasgos distintivos de esta corriente. Los románticos centraron su atención en la manera de sentir y concebir la naturaleza, la vida y al propio hombre.

¹ Saco José Antonio. Papeles sobre Cuba. T.III en Aguirre Sergio De Nacionalidad a Nación en Cuba. Editorial Pablo de la Torriente Brau. 1972. Pág 15.

El Romanticismo literario a escala universal tuvo como rasgos distintivos la exaltación del “yo”, casi como ser un supremo. El artista se mostró inconforme con el medio social que le circundaba y como solución buscaba el aislamiento social y defendió a ultranza la libertad individual ilimitada. Sus temáticas expresaban la evasión hacia el pasado histórico, la naturaleza y la vida primitiva, privilegiaban los sentimientos y emociones que se desbordaban, opusieron la espontaneidad, la casualidad sobre la razón. Su anticonvencionalismo se tradujo a innovaciones formales y se apropiaron de la realidad de forma idealizada a través de símbolos.

En conclusión, la tendencia romántica favoreció, entre otras cuestiones la conciencia del “yo” como entidad autónoma y fantástica, la supremacía del sentimiento frente a la razón, la tendencia nacionalista, el pensamiento liberalista, la originalidad y creatividad frente a la tradición e imitación neoclásica. También, hubo renovación de temas y ambientes, además, bajo su influjo, tomó auge el estudio de la literatura popular: los romances o baladas anónimas, los cuentos tradicionales, coplas, refranes, etc. Por todo lo anterior, es considerado un movimiento revolucionario y renovador por su concepción del hombre, sus sentimientos, la naturaleza y la vida.

A pesar de poseer características generales que lo identificaban en cada región y país, tiene sus particularidades propias según el contexto histórico donde se desarrollaba. Incluso, pueden distinguirse dentro del movimiento distintas tendencias y, en consecuencia, se puede plantear que existen diferencias entre las manifestaciones del Romanticismo en Europa e Hispanoamérica, resaltando aquí a Cuba.

En el caso específico de Cuba, la búsqueda del autorreconocimiento y una identidad coincidieron con la necesidad de impulsar una cultura propia. El movimiento romántico se desarrolló también, condicionado por las diferentes características, en estilos personales, influencia foránea y por complejidades del curso vital de cada uno de sus representantes, aunque la poesía fue el género literario abanderado. Hay que destacar que la prosa, la narrativa y el teatro fueron formas de expresión romántica, aunque sobresalieron por su producción y calidad, sobre todos, los géneros lírico y dramático.

Los románticos cubanos siguieron las líneas generales del movimiento europeo, pero se diferenció de este y del que se desarrolló en Hispanoamérica porque asumió sus propias características. La

libertad individual se reinterpretó y se transformó en ansias de libertad política y social, por la recurrencia a la añoranza de libertad para la patria, ya haya sido velada o simbólica. En las creaciones se reflejó la alusión al pasado histórico, se exaltó la belleza de la naturaleza de la isla, la vida primitiva, su frescura y raigambre popular, transformando sus elementos distintivos en símbolo de identidad, donde se destacaron la sensualidad, las connotaciones plásticas y el ritmo.

El Romanticismo en Cuba tuvo su expresión histórico-concreta en el período que cubrió los años veinte hasta la década del sesenta del siglo XIX. Aunque, al decir de especialistas literarios como Cintio Vitier, su espíritu subyace en la historia de la literatura cubana. Su singularidad se expresó en el carácter elegíaco de muchas de las creaciones en este periodo, las temáticas, los recursos formales y los definidos estilos personales de sus principales representantes.

Para comprender la influencia del Romanticismo en Cuba, hay que tener en cuenta, como se ha expresado anteriormente, que la nacionalidad cubana se gestó a partir de un proceso de ingentes transformaciones históricas, franqueadas por movimientos revolucionarios universales y regionales de amplia resonancia, que asumió sus propias características, como resultado de las desigualdades sociales. A pesar de las limitaciones que impuso el dominio colonial, los sentimientos de pertenencia evolucionaron progresivamente para definirse a plenitud en el siglo XIX. Y en la medida en que la burguesía criolla afirmaba su posesión de los resortes económicos en la isla, el resto de las colonias hispanas se emancipaba entre 1810 y 1825.

El proceso de reconocimiento e identificación de lo propio y lo diferente se produjo a partir de la movilización de todas las reservas espirituales, los sociólogos, economistas, pedagogos, científicos, literatos, entre otros, que reflejaron en sus creaciones los rasgos distintivos de la nacionalidad cubana. Las instituciones como la Sociedad Económica Amigos del País, periódicos y revistas en el siglo XIX jugaron un papel muy importante porque, además de difundir temas educativos, filosóficos, económicos y literarios de la época, muchos de los directores, redactores y colaboradores de estas publicaciones fueron, a su vez, grandes personalidades de las letras cubanas.

Hay que destacar que la literatura cubana, como dimensión de la cultura, es parte de ese proceso histórico y con relación a ello, José Martí expresó: “Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos,

con más verdad que por sus cricones y sus décadas.”². Con la influencia del Romanticismo nació la literatura cubana. Al respecto, el Instituto de Literatura y Lingüística cubano al abordar la historia de la literatura cubana afirma: “... De ahí parte que el proceso de formación de una conciencia nacional se exprese en la literatura como un proceso de afirmación de determinados valores económicos, políticos, filosóficos, éticos, religiosos y sociales, los cuales propiciaron la fijación de importantes motivos poéticos y culturales que fueron conformando una tradición literaria propia”³.

Hoy se acepta que con José María Heredia (1803-1839) se inició el Romanticismo en Cuba, antes que en el resto Hispanoamérica (1830) y España (1840). Existen dos generaciones bien definidas en el tiempo con sus características. En la primera de ellas, además de Heredia, se pueden señalar a Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) (1809-1844), a José Jacinto Milanés (1814-1863) y a Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), como sus principales representantes, por su estilo y calidad de sus creaciones, aunque existen otros de menor vuelo.

La segunda generación, es artífice de la renovación formal y estética, por eso, es también llamada “de la reacción al buen gusto”. Y estuvo conformada por Rafael María Mendive (1821-1886), Joaquín Lorenzo Luaces (1826-1867), Juan Clemente Zenea (1832-1871) y Luisa Pérez de Zambrana (1832-1922), como máximos exponentes. Dentro de este segundo momento se debe hacer referencia al Siboneyismo, cuyo propósito fue crear una poesía nacional. Esta vertiente del Romanticismo en Cuba manifestó una afirmación nacionalista.

De gran utilidad para la conformación del epígrafe correspondiente a los principales exponentes y obras del Romanticismo en Cuba fue la consulta de “*Lo cubano en la poesía*” (1958) y “*Cincuenta años de poesía cubana*” de Cintio Vitier. Y también, “*Antología de la poesía cubana*”, de José Lezama Lima, “*Doscientos años de poesía cubana*” (2000) de Virgilio López Lemus, además de la “*Historia de la literatura cubana y el Diccionario de la literatura cubana*” de un colectivo de autores del Instituto de Literatura y Lingüística.

²Ídem. Pág. 2.

³ILL. Historia de la Literatura Cubana. Tomo I. Pág. 95.

2.2. Principales exponentes y géneros del Romanticismo en Cuba, sus aportes a la cubanía

Un rasgo principal de los románticos que se extendió a la producción literaria es su oposición a las normas establecidas, que se manifestaron en el no respeto a los límites de géneros, por ello, en sus obras se mezclaron lo trágico con lo cómico, dando lugar al melodrama, lo mismo ocurrió con el verso y la prosa. La poesía romántica se destacó por su polimetría, mientras que en la narrativa cubana se cultivaron dos vertientes fundamentales y estos fueron la novela histórica y la antiesclavista, como se verá más adelante en este trabajo.

Es la lírica el género abanderado del Romanticismo en Cuba, de una extraordinaria riqueza, diversidad y calidad. La poesía expresó el imaginario de sus autores en virtud de su identificación con los sentimientos colectivos del periodo histórico que abordó. Algunos especialistas coinciden en situar la obra “*Espejo de Paciencia*” (1608), del escritor canario, radicado en Cuba, Silvestre de Balboa Troya y Quesada, como la primera de este género en la isla, aunque no se pueden desconocer *los sonetos laudatorios* que sirven de pórtico a este poema y “*el motete*”, supuestamente cantado en 1604 en la iglesia de Bayamo, que fueron incluidas por el Obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz en “*Historia de la Isla y Catedral de Cuba*”.

2.2.1. La poesía romántica. Principales representantes

Es José María Heredia la primera figura de gran importancia en la lírica cubana, propia del Romanticismo y una de las más destacadas personalidades de la lengua hispana, según afirmó Víctor Fowler: “Por más que lo pienso no deja de sorprenderme el hecho de que el primer gran momento de la poesía cubana, ... en el principio fue Heredia, el instante refulgente en el que cristalizan atisbos, sensaciones, asuntos, paisajes y palabras, hasta entonces solo barruntadas y la palabra patria, ..., se nos presenta acompañada de uno de los enigmas culturales, políticos y humanos más asombrosos que cualquier investigador de la cultura pueda enfrentar. (Vitier, 1960). Porque si no hay dudas de que el primer poeta, o con más propiedad, el primer gran poeta del amplio y poblado parnaso cubano es José María Heredia, no puede menos que intrigarnos el hecho de que un hombre que solo vivió treinta y cinco años haya decidido, con tan conocida vehemencia, ser el primer poeta de un país que por entonces ni siquiera existía y, en el cual, apenas vivió algo más de seis años, la mitad de ellos en su primera infancia” (Padura, 2017).

El 31 de diciembre de 1803 nació José María Heredia en Santiago de Cuba, solo vivió breves periodos en la isla, por el trabajo de su padre como funcionario español. A partir de los tres años viajó a Venezuela, República Dominicana, Estados Unidos y México, donde residió después del su destierro hasta su muerte. Sin embargo, eligió a Cuba como su patria, decisión en la que influyó su estancia en la universidad habanera, en la cual cursó leyes en 1818. También influyeron sus vivencias de la sociedad esclavista en la isla, las luchas de independencia de distintos países de América y su amor platónico por Isabel Rueda y Ponce de León.

Elemento significativo fue su afinidad y la rápida integración a un grupo de jóvenes aficionados a la poesía y a la literatura en general entre los que se destacaron Domingo del Monte, Silvestre Alfonso, José Antonio Cintra y Anacleto Fernández, entre otros. Estos mencionados jóvenes aficionados a la poesía fueron alumnos, por aquel entonces, de Félix Varela, profesor del Real y Conciliar Colegio de San Carlos y San Ambrosio, quienes le transmitieron los sentimientos de cubanía que comenzaban a germinar en ellos. Fue tras la muerte del padre de Heredia en 1820, cuando su personalidad e ideas empezaron a encontrar cauce definitivo con su regreso a la ciudad de Matanzas.

Durante su estancia en México, Heredia escribió: “*Al Popocatepetl*” y “*En el Teocali de Cholula*” (dic,1820), una de sus mejores creaciones. Con su regreso a Cuba en 1821, sus preocupaciones encontraron cauces sociales esenciales. No ocultó su admiración por la vuelta del constitucionalismo en España, haciéndose cada vez más evidente su repulsa al régimen esclavista. Estas ideas las reflejó en su tesis para la obtención al título de Bachiller en Leyes, para la cual Domingo del Monte fue su padrino. Y cuya tesis fue dedicada a la falta de derechos de los esclavos en la antigua Roma. Su accionar a favor de la independencia de la isla lo vinculó al movimiento Soles y Rayos de Bolívar, motivo por el que fue condenado al destierro hasta su muerte el 7 de mayo de 1839 en México.

Su estancia en Cuba fue de extraordinaria importancia para las letras hispanas y la nacionalidad en ciernes. Nadie como él supo expresar a través de una producción poética la íntima relación de patria, libertad y poesía. Entre sus obras se encuentran: “*Misanthropía*” (1821), “*A mi Caballo*” (1821), “*El desamor*” (1822), “*En una Tempestad*” (1822), “*En mi cumpleaños*” (1822), y en especial, desde “*La Estrella de Cuba*” (1823), pasando por “*A Emilia*” (1824), “*Niágara*” (1824), hasta llegar a la cúspide con el “*Himno del desterrado*” (1825). La libertad individual, como rasgo

romántico, se convirtió progresivamente en ideal político para el poeta y la libertad colectiva de la patria. En su poesía resalta la naturaleza sensible en movimiento que identificaba a lo cubano a través de símbolos que devinieron en lo nacional como la palma, la estrella, etc.

En Heredia, lo cubano se expresó como un sentimiento profundo, con un lirismo desconocido hasta ese entonces en Cuba. A su tesoro sentimental unió el paisaje de la isla, a la que llamó patria. Estos sentimientos por la patria, por la que sufría, los plasmó en sus versos, de tal manera, que incorporó por primera vez, el alma cubana a la poesía. En la cual plasmó un aliento vivificador, emocional y musical nuevo a la lírica. No menos importante es la unión admirablemente con los ideales patrios y sus convicciones políticas, como no lo había hecho antes ningún poeta cubano. Con sus creaciones, la palma real se convertía definitivamente en el símbolo altivo, airoso y gallardo de la patria.

Lo expresado anteriormente se demuestra en algunos fragmentos de poemas de José María Heredia que a continuación aparecen:

La estrella de Cuba (1823)

“Nos combate feroz tiranía
Con aleve traición conjurada
Y la estrella de Cuba eclipsada
Para un siglo de horror queda ya.
Que si un pueblo su dura cadena
No se atreve a romper con sus manos,
Bien le es fácil mudar de tiranos,
Pero nunca ser libre podrá.
(...)” (Vitier, 1960, 22)

A Emilia (1824)

“(...)
La atmósfera de Cuba. ¡Patria mía,
¡Idolatrada patria! Tu hermosura
Goce el mortal en cuyas torpes venas

Gire con lentitud la yerta sangre,
Sin alterarse al grito lastimoso
De la opresión. En medio de tus campos
(...)

... De mi patria
Bajo el hermoso desnublado cielo,
No pude resolverme a ser esclavo,
Ni consentir que todo en la natura
Fuese noble y feliz, menos el hombre.
(...)

¡Victimas de cobardes y tiranos,
¡Descansa en paz! Si nuestra patria ciega,
Su largo sueño sacudiendo, llega
A despertar a libertad y gloria
Honraré como debe tu memoria.
(...) (Lezama, 1965, 29)

La Vuelta al Sur (1825)

“¡Dulce Cuba! En tus aras sagradas
La aventura inmolé de mi vida,
Y mirando tu causa perdida,
Mis amores y amigos dejé.
Más tal vez no está lejos el día
¡Cual me anima tan bella esperanza!
En que armado con hierro y venganza
A tus viles tiranos veré.
(...)

Cuando Cuba sus hijos reanime,
Y su estrella miremos brillar.
“Libertad”, clamaran, “en su pecho
Inflamó de su aliento la llama”

Y si caigo, mi esplendida fama
A los siglos futuros irá.” (Lezama, 34)

Niágara (1824)

“(…)
Más, ¿qué en ti busca mi anhelante vista
con inquieto afanar? ¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas, ¡hay! las palmas deliciosas,
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen al sol, a la sonrisa, y crecen
y al soplo de las brisas del Océano
bajo un cielo purísimo se mecen?
(…)” (Vitier, 1960, 22)

Himno del Desterrado (1825)

“Cuba, Cuba, que vida me diste,
dulce tierra de luz y hermosura,
¡cuánto sueño de gloria y ventura
¡tengo unido a tu suelo feliz!
(…)”

Vale más a la espada enemiga
Presentar el impávido pecho,
Que yacer de dolor en un lecho,
Y mil muertes muriendo sufrir.
Que la gloria en las lides anima
El ardor del patriota constante,
Y circunda con halo brillante
De su muerte el momento feliz,
(…)”
¡Cuba! al fin te verás libre y pura

como el aire de luz que respiras,
cual las ondas hirvientes que miras
de tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan
del tirano es inútil la saña,
que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar”. (Vitier, 40)

Con Heredia se inició el movimiento Romántico y la lírica que marcó el comienzo de una literatura puramente cubana. La producción poética del Romanticismo cubano, por sus temáticas, reflejó el amor a la patria, a la libertad, a la mujer y a la naturaleza... animada de emoción y sentimiento. A su vez, captada en sus cualidades más desbordantes e irrefrenables: catarata, huracán, océano, violencia animal, que en su conjunto fueron a expresar el reconocimiento, la identificación, y la pertenencia al suelo natal y la conciencia de sí. Plasmándose en todo lo anteriormente mencionado elementos que evidencian la cubanía. Este movimiento tuvo otros representantes muy destacados por lo que aportaron a la cultura, cuya revelación en sus creaciones del nivel de formación de la nacionalidad cubana aparecen a continuación en el siguiente párrafo.

Es Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) una de las grandes más exponentes de las letras cubanas e hispanas: “Tula”, “La décima Musa”, “La Peregrina” o simplemente, “Franca India” como se denominaba ella misma. Nació en Puerto Príncipe, Camagüey, el 23 de marzo de 1814, hija de un funcionario de origen español y madre cubana. Ella se desarrolló en un medio hostil para las mujeres por la marginación e invisibilización a que fueron condenadas las féminas en una sociedad patriarcal. Su multifacética formación intelectual se debe, entre otros factores, a su inteligencia natural, su afición por la lectura de todos los géneros, así como, su curiosidad precoz y su espíritu investigativo. Además, fueron cotidianas en el ambiente familiar las tertulias y las pequeñas representaciones teatrales, que le permitieron desarrollar tempranamente su imaginación.

El talento, la voluntad, entereza, vigor y persistencia que, conjugaron con su temperamento impetuoso, delicadamente femenino, fueron cualidades que favorecieron las creaciones artísticas de la “Tula”, quien rebelde (Avellaneda, 1969), por demás, tuvo que enfrentarse a una sociedad diseñada para hombres. Sus propias palabras confirmaron lo anterior: “(...) esa virtud que llaman

prudencia no es la que más predomina en mi carácter, y siento demasiado para poder pensar mucho. Así, mis acciones no son siempre las que se aguardan, y se resienten algunas veces de poca reflexión y mucha franqueza” (Avellaneda, 1969, 16). Con solo 9 años la Avellaneda, sufrió la irreparable pérdida de su padre. Escribió sus primeros versos y el cuento: “*El gigante de cien Cabezas*”. Su madre volvió a contraer nupcias con un oficial español. Su primer acto de rebeldía consciente fue la negación a casarse cuando fue prometida en matrimonio a los 13 años.

Todavía es muy discutida su cubanía por su residencia y escritura de la mayor parte de sus obras fuera de Cuba, la que tuvo que abandonar por circunstancias familiares en 1836; sin embargo, la nostalgia y amor por la patria lejana persistió y estuvo presente en sus creaciones poéticas. Y evidencia de ello se resalta en los siguientes fragmentos:

Al Partir (1836)

“¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.
¡Adios, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oído!” (Avellaneda, 1969, 141)

A mi jilguero.

“No aspiras los olores
del campo en que has nacido...
no encuentras tus amores...
no ves tu dulce nido.
Qué triste, cual tú, vivo
por siempre separada
de mi suelo nativo...
¡de mi Cuba” (Avellaneda, 153)

También, se reflejó su cubanía en la elegía: “*A la muerte del célebre poeta cubano Don José María de Heredia*” y en “*La vuelta a la patria*”, siendo esta última compuesta en 1859, después de su regreso a Cuba, que comienza igual a la escrita en 1836 cuando abandonó su suelo natal. En él, reflejó su alegría por pisar nuevamente la patria, develando la hermosura del paisaje tan anhelado durante los años de ausencia. Estos sentimientos fueron volcados en otras como: “*La pesca en el mar*”, donde combinó armoniosamente el recuerdo de su padre con el amor al suelo natal y a la naturaleza, “*Al sol de un día de diciembre*”, “*A él*”, “*Serenata de Cuba*”, “*La cubana*” y “*A las cubanas*”, por solo nombrar algunas, donde siempre utilizaba la palabra ‘patria’ para referirse a Cuba. Y describió la belleza de la naturaleza cubana, su paisaje y el clima, expresando emociones como la nostalgia y la tristeza por la lejanía.

Su poesía es sugerente, posee gracia, sensibilidad, musicalidad, alto vuelo del pensamiento y, ante todo, muestra maestría en la utilización de los recursos literarios. Hay que destacar, cómo rompió los cánones de la métrica, ritmo y medida, utilizando combinaciones ya en desuso que, incluso, se anticipó al modernismo. Ejemplo de ello son: “*Los Reales Sitios*” (1849), donde empleó versos dodecasílabos. “*A la Virgen (Plegaria)*”, el cual es un poema con estrofas de nueve versos, siendo quebrado el séptimo verso de cada estrofa y en “*A Julia*”, estrofas de once versos. Con esto, la poetisa incrementó las posibilidades métricas y estróficas de la lengua española.

El genio literario de Gertrudis Gómez de Avellaneda no reconoció fronteras, su llegada a tierras andaluzas, marcó el inicio de una vastísima obra que abarcó casi todos los géneros literarios. Dentro de dichos géneros, cabe mencionar poesía, novela, drama y comedia. A todo esto, se debe el comienzo de la literatura cubana hecha por mujeres y el discurso femenino de la mujer intelectual. Primero en Sevilla (1838-1840), después en Madrid, donde entabló relaciones amistosas con los más brillantes escritores de la literatura contemporánea. Entre ellos estuvieron Juan Nicasio Gallegos, José Zorrilla y Manuel José Quintana, de quienes recibió loas por sus creaciones poéticas. Diversos periódicos publicaron sus versos, que eran firmados con el seudónimo de La Peregrina. Es necesario señalar el tema social, el cual fue recurrente en toda su obra, aspecto que es apreciable en los otros géneros en que incursionó.

Gabriel de la Concepción Valdés (1809-1844) es otro importante representante del romanticismo en Cuba considerado por la crítica. Plácido, como comúnmente es identificado. En su condición de mulato, se desenvolvió en la sociedad esclavista marcado por la discriminación. Desempeñó

varios oficios, tales como artesano, peinetero, tipógrafo y pintor, fue discípulo del pintor cubano Vicente Escobar, y tuvo gran versatilidad dentro del género. En su obra poética se destacan la concepción rítmica y plástica de sus temas, unido a la sencillez de sus sentimientos, por lo que constituyó una muestra genuina de la lírica popular.

Plácido fue el poeta de mayor aceptación y divulgación en la Cuba del siglo XIX, quien pudo publicar dos tomos de *Poesías*, fechados en 1838 y 1842, y dos folletos: “*El veguero*”, de 1841 y “*El hijo de maldición*” en 1842, con alrededor de 128 poemas. Y los que quedaron inéditos fueron incluidos posteriormente en reediciones de su obra. Sobresalió en sus composiciones la métrica de los romances y las fábulas. Su poema más completo es: “*Jicotencal*”. También compuso: “*Adiós a mi lira*”, “*La fatalidad*”, “*Despedida a mi madre*” y “*Plegaria a Dios*”, la cual fue la última composición antes de ser ejecutado.

En la poesía de Plácido no hubo reclamos por su estatus social, ni en contra de la esclavitud, pero sí describió, con un lenguaje sencillo y melódico, la integración racial de Cuba, lo cual es evidenciado en su poema: “*La Flor de la caña*”. Su simpatía por los ideales libertarios y el tratamiento a lo político fue reflejada en sus composiciones: “*El juramento*”, “*¡Habaneros!*”, “*¡Libertad!*” y “*Muerte de Gessler*”. La cubanía en sus obras se presentó con mayor fuerza en sus creaciones de orientación nativista, por el carácter juglaresco y popular de sus improvisaciones. Vinculado a la llamada Conspiración de la Escalera, fue fusilado el 28 de junio de 1844 en Matanzas.

Significativa es también la obra de José Jacinto Milanés (1814-1863), considerado el primer genio poético cubano, cuyo quehacer se enmarca entre 1836-1843, año en que dejó de producir, por una profunda demencia que lo llevó a la muerte el 14 de noviembre de 1863. Al igual que otros exponentes románticos, se destacó por el cultivo de otros géneros literarios tales como el ensayo y el drama romántico, por lo que constituye uno de los principales exponentes de la lengua hispana. Ejemplo de ello se puede apreciar en “*El Conde Alarcos*”, drama estrenado en el Teatro Principal de La Habana en 1838, a la que se hace referencia en el epígrafe dedicado al teatro romántico.

En su obra literaria destaca la espontaneidad, la expresión franca, sencilla y la frescura del arte popular, con algunos toques anticipadores por las imágenes que utilizó del modernismo. Por el sentido intimista de algunos de sus poemas de temas autóctonos, se ubica dentro de la corriente

nativista, que se abordará más adelante. Su poema más representativo es “*La fuga de la Tórtola*”, aunque también escribió otros de gran calidad, tales como “*El Indio Enamorado*”, “*El Mar*”, “*La Tarde*”, “*El Nido Vacío*” y “*La Madrugada*”. En las temáticas de sus creaciones artísticas se reiteran las obsesiones morales, la castidad y la pureza, el tratamiento de la naturaleza en su devenir y las inquietudes sociales.

Rafael María Mendive (1821-1886) fue representante de la segunda generación de románticos cubanos, de aquellos que fueron al rescate del buen gusto y la calidad estética de la poesía. Reflejó en su obra, persistentemente los temas patrióticos, de forma explícita o velada, su oposición a España y el amor por Cuba. Buenos ejemplos de ello son “*Los Dormidos*”, “*La música de las Palmas*” y “*Una Página del Libro de la Patria*”. Sus poemas se destacaron por la expresión de sentimientos suaves, delicadeza, fugacidad, armonía y musicalidad. Y esto se puede apreciar en poemas tales como: “*La Gota de Rocío*”, “*La Música de las Palmas*” y “*La Oración de la Tarde*”. A juicio de la crítica, su principal aporte fue lograr un equilibrio entre planos fundamentales de la creación poética: temático, lingüístico y composición.

Joaquín Lorenzo Luaces (1826-1867) fue entre los poetas románticos cubanos, el mejor sucesor de Heredia en cuanto a reflejar el sentimiento patriótico. Muestra de esto son sus composiciones: “*Oración de Matatías*”, “*La Caída de Misolonghi*” y “*Canto de Kaled*”. La libertad es el tema predominante en estos poemas. Y desde el punto de vista estético: “*Oración de Matatías*” es el más logrado de todos. Los sonetos son lo más valioso de su obra poética, entre los más sobresalientes se encuentran: “*La Muerte de la Bacante*” (1853) y “*La Salida del Cafetal*” (1855).

Se unió al empeño nativista de cubanizar la poesía, escribió poemas dentro de los cánones del movimiento Siboneyista y se convirtió en cofundador de “*La Piragua*”, periódico de este movimiento. Fue colaborador del órgano periodístico de los tabaqueros “*La Aurora*”, razón por la cual, se vinculó al incipiente proletariado cubano. Poeta que admiró los progresos técnicos y científicos, escribió poemas paradigmáticos, tales como: “*El trabajo*” y “*A Cyrus Field*”. También se destacó como dramaturgo, legando a la cultura cubana importantes piezas teatrales como: “*El Fantasmón de Aravaca*” y “*El Becerro de Oro*”. Y “*Una Hora en la Vida de una Calavera*” fue la única obra que llegó a ser estrenada en vida del autor.

Juan Clemente Zenea (1832-1871) fue uno de los abanderados más importantes del quehacer poético de la llamada “Reacción del buen gusto”. Su vida se desarrolló condicionada por los

conflictos sentimentales y su inestabilidad política. Caracterizado por una delicada inspiración poética, en medio de su vaivén de una posición política (anexionista, independentista y mediador entre colonialistas e insurrectos) lo llevaron a lamentables claudicaciones en el plano personal. No obstante, en su poesía se encuentran presente el amor a Cuba y el sentimiento patriótico, ejemplo de estos son: “*En días de esclavitud*”, “*Diez y seis de agosto de 1851*” y “*En Greenwood*”.

En la poesía de Zenea se distinguen la concepción vaga de los motivos temáticos, la naturaleza edénica, (siempre subordinada a los estados emocionales del autor), la presencia de paisajes sobrios, (propicios para la tristeza y la melancolía) y con predominio de tonos elegíacos, aunque con estilo esmerado en la forma. Todo lo antes enumerado se reúne en la colección “*Cantos de la Tarde*” de 1860, donde se evidencia el depurado estilo y la sensibilidad original que caracteriza a sus creaciones. “*Fidelia*” es su poema más descollante y logrado estéticamente, romance en el cual retrató a la mujer cubana y a la Cuba sufrida de aquel entonces. Otras composiciones poéticas suyas son: “*Amor Predestinado*”, “*Recuerdo*” y “*Sobre el Mar*”. Las dieciséis composiciones escritas, mientras esperaba su fusilamiento, fueron reunidas y publicadas póstumamente bajo el título “*Diario de un Mártir*”.

Luisa Pérez de Zambrana (1835-1922) fue una de las más distinguidas representantes del Romanticismo y la literatura cubana del siglo XIX, además de la más longeva de la generación de románticos cubanos. Nació el 25 de agosto de 1835, en El Cobre, Santiago de Cuba. Su infancia y primeros años juveniles se desarrollaron en un ambiente campestre. Al no contar con los recursos necesarios para acceder al estudio, su formación fue autodidacta, a pesar de ello, a los catorce años mostró su natural talento poético, al salir publicado en el periódico “*El Orden*”, su primer poema: “*Amor Materno*”.

Muestra de sus tempranas inquietudes literarias son sus poemas: “*La gota de Rocío*”, “*Noche de Luna*”, “*A Julia en la Fuga de su Sinsonete*” y su primera elegía dedicada a su padre: “*Su Sombra*”. Tras la muerte de su padre en 1852, se trasladó con la familia a Santiago de Cuba. La colaboración en diferentes periódicos de la ciudad amplió sus relaciones intelectuales. Su personalidad sencilla y natural atrajo a los escritores de la región oriental y su casa se convirtió en centro de reuniones y veladas artísticas. Fue nombrada socia de mérito de la Sección de Literatura de la Sociedad Filarmónica de Santiago de Cuba, cuando escribió su poema: “*Adiós Cuba*”.

Perteneciente a la segunda generación de poetas románticos cubanos, en su quehacer artístico se definen dos etapas. La primera etapa fue continuadora de Plácido, Milanés y Mendive, en el tratamiento de la naturaleza, la exaltación íntima y candorosa del ambiente rural cubano y su evidente sencillez formal. La otra etapa fue después de la muerte de su esposo y de sus cinco hijos, donde predomina el dolor profundo volcado en la elegía, estilo que llevó a la plenitud, consagrándola junto a Juan Clemente Zenea en la Literatura Cubana. En 1856, con la publicación de su primera colección de poemas, puede afirmarse que su poesía es puramente criolla. En ella no hay influencia foránea alguna, resalta su naturalidad, dulzura, cadencia débil, el seseo, la interiorización del tono, la apertura vocálica y la intimidad que expresa lo cubano.

Después de contraer matrimonio con Ramón Zambrana en 1958, se trasladó a La Habana, desplegó una intensa actividad, fue asidua participante en tertulias de Zambrana, Rafael María Mendive y en la del abogado y escritor Nicolás Azcarate Escobedo, fundador del Liceo de Guanabacoa, donde interactuaba con importantes representantes de las letras cubanas y otros intelectuales. También, colaboró y escribió para importantes periódicos y revistas; de los cuales, mención especial merece: “*Álbum Cubano de lo Bueno y de lo Bello*”, revista fundada en 1860 por la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda durante su estancia en Cuba. Es precisamente, Luisa Pérez de Zambrana la seleccionada por sus méritos poéticos, para ceñir la corona de laurel tributada por el Liceo Habanero a Gertrudis Gómez de Avellaneda en el teatro Tacón ese mismo año.

Constituye un ejemplo de la mujer cubana, quien compartió su labor intelectual con su papel de esposa, de madre y de ama de casa, encontrando a la vez espacio fuera del hogar para la realización espiritual y participar de la vida social. La producción artística de Luisa Pérez de Zambrana es vastísima, imposible resulta hacer un análisis exhaustivo de su obra en estas páginas, por razones de espacio; no obstante, aquí hago mención de los títulos más significativos de su quehacer literario.

Asombran en sus poemas la sencillez, modestia y dulzura, con que describió las bellezas naturales de su patria, el campo cubano... Evidencia de ello son los poemas: “*A mi Esposo*”, “*Mi Casita Blanca*” (Una de las mejores de este periodo), “*Al Campo*”, “*El canto de mi Madre*”, “*La Melancolía*” y “*A mi Amigo*”. De la calidad en la lírica de la Zambrana son testimonio: “*El sabio en su Patria*”, “*Meditación*”, “*La Conciencia*”, “*La Estrella de la Tarde*”, “*En la Bahía*”, “*Al Sol*”

y “*A las Estrellas un Recuerdo*”. Pero sus mejores y más tristes poesías, que la convirtieron, según los especialistas, en la Musa del dolor, son las que escribió a la muerte de sus cinco hijos.

Siete son las elegías que escribió a sus seres queridos. En ellas volcó sus sentimientos más profundos, no hay rebeldía, pero sí un inmenso dolor contenido y una angustia desgarradora, dejando brotar su ternura infinita. Así se puede apreciar en: “*La Vuelta al Bosque*” dedicada a su esposo, “*Dolor Supremo*” después del fallecimiento de sus tres hijas, “*Martirio*” a la muerte de su hijo Jesús, “*Mar de Tinieblas*”, cuando perdió al único hijo que le quedaba, además de “*La Noche de los Sepulcros*”, “*Las Tres Tumbas*” y “*Soñando con mis Hijas*”. En ellas se conjugan la naturaleza (las palmas, las estrellas, el arroyo, el río, las brisas, etc.) y el tiempo, para reflejar la desolación y la muerte. Testimonio de lo expresado anteriormente son los siguientes fragmentos:

La vuelta al Bosque

“ (...) ”

Así, al verme, dulcísimo gemía
el bosque de mis dichas confidente;
¡oh bosque! ¡oh bosque! Sollocé sombría,
mira esta mustia frente
y el triste acento dolorido sella,
siglos de llanto ardiente
y oscuridad de muerte traigo en ella, (...)
Ay! que ayer ostentó, resplandeciendo,
el cáliz del amor y la ventura,
hoy viene sobre el seno comprimiendo
una herida mortal... ¡Bosque querido!
¡tétricas hojas! ¡lago solitario!
¡estrellas en el cielo oscurecido
rutilas como un cirio funerario!
¡lúgubres brisas y desierta alfombra!
(...)”

(Vitier, 1960, 251)

Esta poetisa no es una excepción, como la generalidad de los poetas románticos cubanos del siglo XIX. En su obra está presente la patria, Cuba está expresada en su poesía con sus frecuentes evocaciones, cuando canta a su música, a Gertrudis Gómez de Avellaneda, a los grandes de la patria como a Antonio Maceo o a “*La Tumba de Martí*”. Ejemplo de ello es el siguiente fragmento de su poema:

Adiós a Cuba

“¡Oh, Cuba! Si en mi pecho se apagara
tan sagrada ternura y olvidara
esta historia de amor,
hasta el don de sentir me negaría,
pues quien no ama a la patria, ¡Oh Cuba mía!
No tiene corazón” (Aguirre, 1985, 141)

Al valorar la obra de esta intelectual cubana se puede concluir que dio un gran aporte a la cultura porque desarrolló a plenitud la elegía, imprimiéndole cubanía, sencillez, expresión profunda del dolor universal y esencialidad de las cosas. Reflejó en su producción artística la unidad de la vida y la muerte y la manera de enfrentar estos eventos desde la cotidianidad, a la vez, evocando a Cuba y a su naturaleza en su unidad con el tiempo y la libertad.

Es justo mencionar a otros escritores románticos cubanos, aunque sus obras son consideradas de menor calidad por la crítica especializada. Pero siempre mantuvieron en alto los temas sobre la patria, el amor por Cuba, el campo, sus paisajes y las ansias de libertad, como elementos identificativos de lo cubano. Entre ellos se puede nombrar a Juan Francisco Manzano (1797-1854), el poeta esclavo, a Felipe López de Briñas (1822-1877), a Ramón de Palma (1812-1860) y a José Joaquín Palma (1844-1911), quien se alzó en armas junto a Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868. También, José Joaquín Palma, en la manigua, fue redactor del periódico “*El Cubano Libre*”. Desde el exilio desplegó diversos trabajos y parte de su obra literaria. Y también, como caso curioso, este cubano escribió el Himno Nacional de Guatemala.

Además de la lírica, como abanderada del movimiento Romántico en Cuba, es preciso destacar otros géneros literarios, por su importancia y calidad dentro del contexto histórico y sus aportes a la formación de la nacionalidad y la cultura cubanas. Todo esto era de gran importancia y calidad

creadora por sus principales exponentes, coincidente en muchos casos, con autores que cultivaron, a su vez, la poesía.

2.2.2. La narrativa cubana del Romanticismo

La narrativa romántica cubana tiene una estrecha relación con el proceso histórico que se produjo en el país. Las novelas, cuentos y relatos fijaron sus orígenes en los “*Cuentos Orientales*” de José M. Heredia (1803-1839), publicados en 1829. Aunque en realidad, los críticos y especialistas sitúan el inicio de la producción literaria del Romanticismo en 1837, jerarquizado por el género novelesco en dos vertientes fundamentales: la novela *histórica* y la *sentimental*. Es muy importante destacar que dentro del movimiento también se encuentra la llamada novela antiesclavista, de gran importancia por abordar la temática referida a la esclavitud, eje fundamental de la sociedad cubana del periodo.

En el contexto del Romanticismo, tuvo gran importancia la literatura inspirada en la historia, tomando así esta como materia narrativa, ya que desempeñó un papel fundamental en la consolidación de las naciones americanas después de la independencia (1810-1825). En estas obras, confluyeron conciencia, sentimiento y tradición, a partir de un pasado compartido y legitimado por la literatura, lo cual contribuyó a la revisión y relectura de la historia propia y en el rescate de los héroes pasados y contemporáneos. Ejemplo de lo expresado son las dos novelas históricas escritas por Gertrudis Gómez de Avellaneda: “*Espatolino*” (1844) y “*Guatemozín*” (1846).

En el caso de Cuba, se marcó el inicio de la producción novelesca con: “*Matanzas y Yumurí*”, de Ramón de Palma y Romay (1812-1860), que tiene el mérito de ser la primera narración cubana de tipo indigenista. Al año siguiente, se publicaron dos novelas cortas de este mismo autor: “*El cólera en La Habana*” y “*La pascua de San Marcos*” y en 1845 apareció “*El Ermitaño del Niágara*”. También, en 1837 aparecieron algunas narraciones breves que se ubican dentro la cuentística, que dio a conocer Cirilo Villaverde (1812-1894), tales como: “*La Peña Blanca*” y “*La Cueva de Taganana*”. En 1838 publicó los relatos: “*El Ave Muerta*”, “*El Perjurio*” y para 1839, apareció la primera, que es considerada la mejor novela costumbrista en Cuba: “*Cecilia Valdés*”, además de publicar en 1843 “*La peineta calada*”.

Dentro de los narradores románticos se puede destacar a Félix Tanco con: “*Petrona y Rosalía*” (1838), a Juan Francisco Manzano, quien escribió: “*Autobiografía de un esclavo*” (1838/1840) y a Pedro José Morillas con: “*El Rancheador*” (1838/1856). En ellas, se refleja claramente lo que Pedro Henríquez Ureña llamó “una expresión propia”, además de estar presentes las costumbres, preocupaciones sociales y aspiraciones políticas de la época. Un elemento significativo en la narrativa romántica de la época es el cuadro de costumbres, la inclusión de este elemento fue la forma concreta en que los escritores expresaron su cubanía.

Mención especial, dentro de este género, tiene Gertrudis Gómez de Avellaneda, quien en sus obras trató asuntos, tiempos y espacios diferentes. Aunque la opresión es el denominador común, da fe de lo anterior “*Sab*” (1841), primera novela antiesclavista, cuya trama está desarrollada en Cuba. Esta es una crítica a la esclavitud desde el imaginario de la autora. Otra muestra que da fe de lo anterior es: “*Dos Mujeres*” (1842), donde se aborda el tema femenino y la institución del matrimonio. Ambas novelas fueron prohibidas en Cuba por contener elementos subversivos y que atentaban contra la moralidad de la época. Otros títulos suyos son: “*India Marina*”, donde se relaciona la traición con la superioridad del conquistador y, por último, “*El Artista Barquero*” y “*Los Cuatro 5 de Junio*” (1861).

La Tula también escribió relatos cortos, memorias, cuentos y leyendas. Algunos títulos son: “*La Baronesa de Joux*” (1844), “*Dolores: páginas de una crónica de familia*” (1851), “*La Montaña Maldita*” (1851), “*La Velada del Helecho o El Donativo del Diablo*” (1852), “*La Bella Toda*”, “*Los Doce Jabalíes*”, “*La Dama de Amboto*”, “*La Ondina del Lago Azul*”, “*La Flor del Ángel*” (1857), “*Una Anécdota en la Vida de Cortés*”, “*Epílogo de Guatemozín*” (1869), “*El Aura Blanca*” (1869) y “*El Cacique de Turmequé*” (1869). También, los relatos de viaje: “*Viaje a la Habana*” (1846), “*Apuntes Biográficos*” (1850), “*Mi Última Excursión a los Pirineos*” (1860), y su epistolario a Ignacio de Cepeda, biografía novelada, publicada en 1907, titulado “*Diario de Amor*”.

Precisamente, “*Sab*” (1841) de la Avellaneda, Anselmo Suárez y Romero (1818-1878) con “*Francisco. El ingenio o las delicias del campo*” (1839), Antonio Zambrana, autor del “*El negro Francisco*” (1873) y “*Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*” (1879) de Cirilo Villaverde conforman la lista de las llamadas novelas antiesclavistas. Estos escritores afrontaron con valentía, independientemente de su imaginario, con mayor o menor crudeza, el problema de la esclavitud. Ciertamente es que no declararon con claridad su posición abolicionista, pero reflejaron en sus

creaciones los conflictos, las confrontaciones raciales y clasistas de la sociedad esclavista del siglo XIX.

2.2.3. El teatro romántico del siglo XIX

Por su contribución a la formación de la nacionalidad, la nación y la cultura cubanas, es necesario resaltar el teatro y la dramaturgia romántica que se desarrolló dentro de la sociedad esclavista del siglo XX. También es necesario resaltar a autores y obras más destacadas del movimiento, por el reflejo en sus creaciones de personajes, paisajes, lenguaje, costumbres y otros elementos que reflejaron la conformación de lo cubano, el sentimiento patriótico y las contradicciones de la sociedad colonial.

Constituyó, como antecedente del teatro en Cuba, el Areíto, evento de mayor significación social de las comunidades aborígenes en la isla. También contribuyeron al teatro las festividades religiosas del Corpus Christi, denominadas fiestas de carromatos, como manifestación de la cultura metropolitana. A esto también se le unían las celebraciones del 6 de enero, día de la Epifanía del Señor, o de Reyes, por ser la oportunidad en que los Cabildos de Nación, autorizados por el gobierno, desfilaban en las calles, vestidos para la ocasión, los negros y negras con banderas y estandartes alegóricos a su origen. Durante estos eventos, tocaban sus tambores, cantaban y bailaban, reflejando el imaginario espiritual africano, sus mitos y leyendas, junto al llamado teatro de “Relaciones”, surgido a finales del siglo XVIII en Santiago de Cuba.

Es oportuno señalar también, en el tratamiento de este tema, que la historia del teatro señala al criollo Santiago Pita Borroto, nacido presumiblemente en 1764, en La Habana, autor de la comedia: *“El príncipe jardinero y fingido Cloridano”*, editada en Sevilla entre 1730 y 1733, como el primer dramaturgo cubano. En la obra no se encuentra el reflejo de Cuba, pues no hace referencia alguna al paisaje insular, sus costumbres ni otros elementos que identifiquen lo cubano. Aunque por la calidad de sus versos suelen compararse con los de poetas y dramaturgos españoles de la talla de Félix Lope de Vega, de Calderón de la Barca y de la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz.

El nacimiento del teatro propiamente cubano en el siglo XIX se vinculó a la figura de Francisco Covarrubias, quien durante medio siglo (1800-1850) dominó la escena cubana. Fue el actor más popular de su época, quien actuó en los principales escenarios de La Habana, Matanzas, Cienfuegos y Trinidad, entre otros. Fue incluido en la primera compañía teatral cubana de

importancia en 1811 y llegó a ser el actor mejor remunerado de su tiempo. La obra de este autor tiene méritos indiscutibles, donde se introdujo el costumbrismo, adaptando sainetes y entremeses españoles al ambiente cubano. Cuyos temas giraban en torno a las costumbres cubanas, utilizando el lenguaje coloquial de personajes populares como el campesino y el negro.

El historiador cubano José Antonio Portuondo, cuando se refirió al quehacer romántico en Cuba, afirmó: "... la libertad del hombre ahogado por el despotismo, lo que se traduce literalmente en la reiteración del tema del individuo en la lucha contra la fatalidad (...) o contra el injusto ordenamiento social" (Portuondo, 1964, 21).

En la dramaturgia cubana se encuentra una línea dual de desarrollo, la de los grandes poetas románticos que se destacaron por el tratamiento cuidadoso del texto en sus obras escritas en versos y donde los argumentos, personajes y recursos literarios reflejaron los caracteres románticos con algún apego a las viejas normas neoclásicas. Y la otra fue seguidora de los aportes de Covarrubias que representaba la mirada costumbrista y satírica de la realidad circundante, la cual es evidencia de la conformación de un teatro de carácter popular cubano.

El teatro romántico contribuyó a la forja de la nacionalidad y la cultura cubanas en la medida que sus autores y obras expresaron las contradicciones y urgencias de la sociedad esclavista. Reflejaron la naturaleza geográfica, costumbres, tradiciones, sentimientos e ideas diferentes a las de la metrópoli y reconocieron los símbolos que los identificaron y a partir de la asimilación creativa de lo foráneo destacan lo cubano, las ansias libertadoras, cristalizando los primeros talentos autóctonos del pueblo que se lanzó a la lucha emancipadora del yugo colonial y la fundación de la nación.

Poetas, narradores y dramaturgos coinciden en la lista a la hora de abordar los principales exponentes del género teatral en Cuba, confirmando la multifacética actividad, diversidad y amplitud de las letras cubanas en cuanto a géneros y estilos. A continuación, y después de señalar esta particularidad de los escritores cubanos, se abordarán las obras y los autores más significativos del teatro Romántico.

Según la apreciación de críticos y especialistas, la obra dramática de José María Heredia (1803-1839) es tan controvertida como muy discutida por su clasificación dentro del movimiento Romántico. Incluso, su propia condición de escritor teatral lo es. Diversas son también las

opiniones en relación con la originalidad de las obras que hoy en día aparecen bajo su nombre. Como legado de Heredia existen cerca de 20 piezas teatrales, de las cuales 10 son proyectos no concluidos, consideradas solamente: “*Eduardo V o el usurpador clemente*”, representada en Matanzas, con su autor como protagonista y el sainete: “*El campesino espantado*”, ambas de 1819, como sus únicas piezas teatrales.

El resto de las obras atribuidas son consideradas versiones o traducciones de piezas teatrales de autores europeos fundamentalmente. Entre ellas se pueden citar: “*Pirro*” (1820) y “*Atreo*” (1822) de Crebillon, “*Sila*” de Jouy (1825) y “*Tiberio*” de Chenier (1827). Y en La Habana se representó la tragedia: “*Abufar o La familia árabe*”, una imitación de Ducis (1833). Al llevar al español estas versiones o imitaciones para obtener un producto artístico de elevada capacidad expresiva y estética, el autor tomaba como modelo las obras originales y las adaptaba, condicionado por su propio imaginario.

No menos controversial es la pieza titulada: “*Los últimos romanos*”, dedicada a Juan José Hernández, patriota condenado por su participación en la Conspiración de Soles y Rayos de Bolívar. Esta obra fue publicada en México en 1829, omitida sin motivo por algunos críticos, inscritas por otros dentro de los cánones neoclasicistas, pero que al reflejar el autor sus sentimientos patrióticos, el odio al tirano y las ansias de libertad, puso de manifiesto toda la sensibilidad poética que también se puede apreciar en sus poemas románticos ya citados: “*La estrella de Cuba*”, “*A Emilia*” y “*El himno del desterrado*”.

Aunque el escenario de su producción no es cubano, no sería justo obviar por sus méritos la obra de la Avellaneda, por ser este el rubro, donde, según los especialistas y críticos, la autora cosechó sus mayores lauros. Entre comedias, dramas y tragedias se destacan alrededor de una veintena de obras teatrales de su autoría. A pesar de no alcanzar siempre el mismo éxito, en sus piezas es revelador el discurso feminista y humano, el cual va en contra de la opresión individual o social. Las experiencias vitales y su amplia cultura inciden en la variedad de sus temáticas. En la estructura de las tramas quedan implícitos sus propios criterios y sentimientos. Afloró en sus creaciones un profundo tratamiento de la psicología de los personajes, a los que les aportaba riqueza en la medida que caracterizaba a hombres y mujeres más allá de lo biológico.

En sus comedias se criticó la realidad social. En ellas se desbordaron y contrapusieron los sentimientos humanos: alegría y tristeza, bondad-maldad, simpatía-antipatía, sublimidad-ridiculez y seriedad-comicidad. Fueron satirizados con ironía los defectos del medio en que le tocó vivir. Según sus características, se agruparon en distintas categorías sus obras. Las sentimentales son: “*Errores del Corazón*” (1852), “*La Aventurera*” (1853) y “*Tres Amores*” (1858). En obras de enredos se agruparon: “*Simpatía y Antipatía*” y “*Oráculos de Talía o Los Duendes en Palacio*” ambas de 1855. Las obras góticas son: “*La Hija de las Flores*” (1852) y “*La Hija del Rey René*” (1855). Y, por último, en obras cómicas se encuentra: “*El millonario y la Maleta*”, publicada en 1869.

La Tula es considerada, incluso en nuestros días, una de las mejores dramaturgas de la lengua española. Sus creaciones dramáticas pueden dividirse en románticas: “*Leoncia*” de 1840, “*Flavio Recaredo*” (1851), “*La Verdad Vence las Apariencias*” y “*El Donativo del Diablo*”, ambas de 1852 y “*Catalina*” de 1867. En las tragedias se incluyen: “*Munio Alfonso*” y “*El Príncipe de Viana*”, publicadas y estrenadas en 1844 y “*Egilona*” (1846). Y las llamadas obras bíblicas: “*Saúl*” (1849) y “*Baltasar*”, siendo esta última de mayor relieve, estrenada en 1858.

La eclosión de la dramaturgia cubana se produjo en 1838. El teatro se convirtió en la principal actividad artística del país, transformándose en un espacio propio para la confrontación social, por los sentimientos que trasmitía y la comunicación que estableció con el público. Ejemplo de ello ocurrió el 11 de agosto de ese mismo año, con la obra “*Don Pedro de Castilla*” de Francisco Javier Foxá, que provocó el primer enfrentamiento en un teatro entre españoles y cubanos, con saldo de un muerto y varios heridos. Y esto se repitió años más tarde, el 22 de enero de 1869, con los sucesos del teatro Villanueva.

El recrudecimiento de las contradicciones entre criollos y españoles, que provocó el aumento de la represión, manifiesto en la censura, el espionaje, los encarcelamientos y las expulsiones del país, por parte del gobierno de Miguel Tacón Rosique, designado Capitán General de la Isla entre 1834-1838, incidió en el incremento de la actividad cultural. Este ambiente de tensión implicó que el teatro se convirtiera en la más perseguida de las expresiones literarias, con una larga lista de obras y autores prohibidos total o parcialmente en Cuba.

En 1938 dentro del contexto descrito, José Jacinto Milanés estrenó en La Habana su drama en versos y tres actos: *“El Conde Alarcos”*. Con esta obra se inició la rebelión romántica en la escena cubana, recibido con gran revuelo de la crítica y beneplácito por el público. La misma, aunque de tema caballeresco, constituyó una denuncia al poder despótico español porque, utilizando la parábola como recurso, se manifestó de forma velada el conflicto entre la burguesía esclavista, poseedora del poder económico y el político detentado por la corona española.

A partir de este momento, Milanés gozó de gran aceptación, sobre todo, entre el público culto y los estudiantes. Escribió otras obras de teatro en las que reflejaba la realidad, destacando el paisaje cubano, los hombres humildes y sus costumbres. Gran muestra del quehacer de este autor son las obras: *“Ojo a la finca”* y *“Un poeta en la corte”* (1840), cuya trama de esta segunda, se desenvuelve en su natal Matanzas censurada y publicada en 1846. Y también, estas que aparecen a continuación: *“Por el puente o por el río”* (Inconclusa) y *“Una intriga personal”*. Hay que destacar que en 1840 comenzó a publicar sus cuadros de costumbres, estos con el título de *“El mirón cubano”*, contentivo de doce creaciones breves y sencillas, con el lenguaje característico de los personajes populares, como una gran muestra de la expresión nacional en el teatro.

Otros cultivadores del género son, el citado poeta, Rafael María de Mendive (1821-1886), al atribuírsele ser el iniciador de la zarzuela con *“Gulnara”*, escrita en 1848 (la cual es más el libreto de una ópera) y *“La nube negra”* de 1863. La calidad de estas piezas auguró a María de Mendive como un buen dramaturgo. También se puede mencionar a José Fornaris Luque (1827-1890), quien escribió *“La hija del pueblo”* y *“Amor y sacrificio”* y a Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (1829-1859), autor del drama en versos y cuatro actos: *“Consecuencias de una falta”*.

Con el español radicado en Cuba, José Agustín Millán y el estreno de la obra: *“Una aventura o El camino más corto”*, nació la comedia cubana en 1842, de gran importancia porque desarrolló una línea de exaltación de lo popular, decisiva en el surgimiento y evolución de la comedia nacional y el teatro popular, antesala de la escena vernácula cubana. Además de ser un fiel retrato de la sociedad esclavista ya en crisis, la gran diversidad de títulos y de autores existentes fueron muestra fehaciente de la fuerza que alcanzó este tipo de teatro, caracterizado por la simpleza argumental, los personajes tipos, el habla popular y el manejo de la prosa literaria, donde el humor fue fundamental, haciéndose más corrosivo en la medida en que se profundizó en los defectos y limitaciones sociales.

La lista de dramaturgos románticos cubanos se completa con el poeta y dramaturgo holguinero José Joaquín Lorenzo Luaces (1826-1867), con quien la comedia en Cuba alcanzó su mayor esplendor, continuador de la línea desarrollada por Millán y otros autores. A su vez, es considerado uno de los mejores escritores dramáticos del siglo XIX. Dentro de su producción artística se destacan el drama en cinco actos: “*El mendigo rojo*” (1859), publicado en 1866. También se encuentra la tragedia en cinco actos: “*Aristodemo*” de 1867 y “*Arturo de Osberg*”, del mismo año, utilizando la parábola como recurso literario con la intención de burlar la censura colonial. En estas obras se expresó el anhelo de libertad o muerte a través de la lucha reflejada entre griegos y turcos o polacos y zares; no obstante, el poder despótico, mutiló y prohibió sus obras por miedo a la subversión.

Este versátil dramaturgo cubano, ya mencionado en el párrafo anterior, legó a la cultura cubana una tragedia, tres dramas, cinco comedias y el sainete: “*Una Hora en la Vida de una Calavera*”, el cual fue la única obra estrenada en vida de su autor. Sus comedias son: “*La escuela de los parientes*” (1853), “*Dos amigas*” (1854), “*A tigre, zorra y Bulldog*” (1863), “*El Becerro de Oro*” (1859), pieza en la que aparece la mejor lograda caracterización de lo que más tarde se denominó en la dramaturgia cubana “catedraticismo” y “*El Fantasmón de Aravaca*” (1867). Todas estas obras fueron conservadas en la Biblioteca Paula Coronado, las cuales tuvieron que esperar más de cien años para ser estrenadas entre 1964 y 1970.

En la obra de este autor, se aprecia la influencia fundamentalmente de Moliere y otros grandes comediantes del teatro universal. Significativa es su capacidad de observación, el entendimiento para captar situaciones, la gracia en la caracterización de los personajes, el hábil manejo de fórmulas y estructuras teatrales, su sello inequívoco de cubanía, cuyo sello es reflejado por el carácter de las contradicciones y la forma de hablar de sus personajes que satirizan las debilidades humanas. Convirtiéndolo así en el más alto exponente de la comedia cubana y del teatro cubano en el siglo XIX.

Para cerrar este subepígrafe, es necesario referirse al melodrama en Cuba, por su relación con el Romanticismo. Su inicio se puede ubicar en 1837, con el estreno: “*Fausta*”, de Ramón de Palma en el teatro Principal. Las obras de este género exaltaban el sentimentalismo burgués, a través del tratamiento de temas cotidianos con ribetes sociales y personajes esquemáticos. Entre sus principales cultivadores se pueden mencionar a Félix Mejías, Francisco Curbia, López Consuegra,

Francisco Ramírez, Emilio Blanchet, Ramón Pizarro, Antonio Solórzano, Pablo Pildain y el habanero Alfredo Torroella Romaguera (1845-1879), colaborador de varias publicaciones, y quien vivió en México donde surgió su amistad con José Martí.

En la producción melodramática se destacan títulos tales como: “*Esposa, virgen y mártir*”, “*La carta anónima*”, “*Elvira o El bastardo*”, “*La hija del verdugo de París*”, “*Los resultados de un amor culpable*”, “*Amor y venganza*”, “*La lealtad de una esposa*”, entre otros, que dada su carga utópica y falsamente realista lastran su calidad. No obstante, cabe señalar que en: “*Amor y pobreza*” de Alfredo Torroella, donde se planteó por primera vez de forma definida la existencia de explotados y explotadores, fábricas y salarios y el reparto desigual de las ganancias, el autor se ganó la fuerte crítica de la prensa y sus contemporáneos.

2.3. El Siboneyismo y el Criollismo. Sus acentos más nacionalistas

En Cuba, la corriente Nativista como derivación del movimiento Romántico que se desarrolló en Hispanoamérica tuvo dos vertientes, las cuales son Criollismo y Siboneyismo. Ambas tuvieron por centro la búsqueda de la afirmación de lo nacional por la importancia de esta corriente desde el punto de vista histórico y político, el aliento patriótico y liberador. Todo esto contenido en sus creaciones que, a pesar de la baja calidad estética que señalan los especialistas y críticos versados en el tema, dichas creaciones poseen un muy alto valor de cubanía.

El Siboneyismo surgió en nuestras letras como una manifestación paralela a la tendencia indianista que se desarrollaba en Hispanoamérica. Esta vertiente respondió al propósito de crear una poesía nacional que otros llaman “cubanización de la poesía”, no exenta de intenciones políticas, la cual exaltó al hombre nativo y a la población aborígen existente al llegar los conquistadores. Pese a la superficialidad de las composiciones y a la carencia de sustentación histórica del movimiento, este no dejó de tener interés como forma encontrada por los poetas para expresar su repulsa al régimen español y afirmar la nacionalidad cubana.

La escuela siboneyista evocaba a los aborígenes cubanos porque, de forma peculiar, los criollos se sentían herederos de aquellos nativos con quienes no consideraban tener vínculos sanguíneos, ni culturales, pero a los cuales se sentían unidos por la posesión de los mismos bienes naturales de la isla, de la que eran nativos. Así como condueños de la misma tierra, el mismo cielo y la misma flora y fauna, además de ponderar su libertad, contrastando aquella época con el sistema colonial

e incitar al pueblo a luchar por la independencia en la búsqueda del paraíso perdido. Por esta razón, tuvo un éxito extraordinario y se convirtió en disfrazado himno de guerra.

Esta vertiente tuvo muchos cultivadores. Entre los principales fueron Ramón Vélez Herrera (1808-1886), José Fornaris (1808-1886), Miguel Teurbe Tolón (1820-1857), Joaquín Lorenzo Luaces y Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (1829- ¿?), apodado “El Cucalambé”, el ya mencionado Joaquín Lorenzo Luaces, principal colaborador de Fornaris en la dirección y publicación, en 1856, de la revista “*La Piragua*” (voz indígena), donde colaboraron otros poetas y escritores que incursionaron en este movimiento, también editaron la antología “*Cuba Poética*”.

Fue precisamente Fornaris la figura más representativa del Siboneyismo con su poemario titulado: “*Los Cantos del Siboney*” (1855), que tuvo un éxito sin igual en aquella época, con cinco ediciones sucesivas. En “*La gruta*”, “*Las tórtolas de Eloina*” y muchas otras de sus poesías, el autor hizo eco del lamento por la posterior condición de esclavos y fugitivos que sufrieron los indígenas. En sus obras aparecen nombres de ríos, personajes históricos, toda la flora y la fauna de Cuba, en la cual hay un mapa de lugares aborígenes en todo el país. Introdujo tantos vocablos de los nativos, que tuvo que anexar al final de su libro, un glosario de palabras para que se entendieran los poemas.

Se le denomina Criollismo a la vertiente que se caracterizó por el tratamiento en sus temas, motivos y personajes relacionados con el campo cubano. Respondió a la interpretación y planteamiento de los artistas de la cubanía. Se manifestó primordialmente en la lírica y en la narrativa, estrechamente ligado al movimiento siboneyista. Al cual se adscribieron prácticamente los mismos poetas. Dentro del criollismo se encontraban: Ramón Vélez Herrera (1808-1886), Ramón de Palma (1812-1860), Miguel Teurbe Tolón (1820-1857), entre otros. También se pueden señalar, en algunas zonas de la poesía de esta vertiente, a escritores importantes ya referidos tales como Plácido, Milanés, Luaces y la propia cabeza del movimiento siboneyista, José Fornaris.

Los criollistas comprendieron también el valor político-simbólico del paisaje y sus elementos específicos, como representativos del sentimiento de patria y nacionalidad. Y el personaje central de sus creaciones fue el campesino. En estas creaciones se describieron las emociones de este campesino ante la naturaleza, sus amores, su condición social y sus costumbres.

La máxima gloria dentro del movimiento criollista fue Juan Cristóbal Nápoles Fajardo (1829- ¿1862?), “El Cucalambé”, quien es considerado el mayor cultivador de la poesía popular en Cuba.

Su único poemario, “*Rumores del Hórmigo*”, ha alcanzado numerosas ediciones desde su aparición en 1857 hasta nuestros días. En la poesía cucalambeara la naturaleza no es un elemento más, sino que es contemplada en su esencia, aún en sus manifestaciones exteriores. Este autor descubrió y expresó la policromía de nuestra flora en íntima relación con la fauna, captadas ambas en su aspecto visual y auditivo. Y esto se puede apreciar muy bien en la siguiente estrofa en décima, de su poema La “*Primavera*”, donde la naturaleza de Cuba está elevada con máxima belleza:

La primavera

....

Ya sonríen nuestros prados,
florece el guao en las costas
y en las veredas angostas
rebraman ya los ganados.
Ya los montes escarpados,
verdes y bellos se ven,
el Cauto undoso también
un grato murmullo forma,
y mi Cuba se transforma
en un delicioso edén.

Fue un poeta revolucionario por la comunicación que estableció con los campesinos y el sentimiento patriótico reflejado en sus obras. Fue la pluma de este ilustre tunero quien privilegió y elevó el uso de la espinela para convertir la décima en “La estrofa nacional”. Sintetizó varios estilos, fue el cantor popular de la campiña cubana. En sus creaciones se aprecia la cubanía a través de un delicado amor por la patria, sus pobladores y costumbres.

Los que lucharon por la independencia cantaron sus décimas como prueba del acrecentamiento de la conciencia política independentista, demostrando el acierto de esta forma expresiva del arte. “*Amor a Cuba*”, “*Mi Hamaca*”, “*A Rufina*”, la ya mencionada “*La Primavera*”, “*El Amante Despreciado*” y “*Mi Hogar*” son algunos de sus poemas. Escribió también sonetos, epigramas y romances.

Hasta aquí se ha ilustrado la corriente nativista en Cuba, en sus dos vertientes: Criollismo y Siboneyismo, a través de sus representantes más importantes y de sus obras, las cuales contribuyeron de forma decisiva a la formación de la nacionalidad y la cultura cubanas. Todos estos autores reflejaron en sus creaciones los símbolos de la cubanía, el amor a la patria y las ansias de libertad de su pueblo.

Conclusiones

El trabajo presentado evidencia, a partir de la indisoluble relación historia-arte-literatura, desde el enfoque histórico basado en la cultura, la especial relevancia que tuvo y tiene el movimiento Romántico en Cuba. Las peculiaridades propias del mismo, que lo diferencian del europeo y del hispanoamericano, destacaron su incidencia en el proceso histórico de formación de la nacionalidad y cultura cubanas.

Se abordaron a lo largo de este trabajo los dos momentos que distinguen el movimiento Romántico en Cuba, el que marcó el comienzo y el auge de dicho movimiento, del cual José María Heredia es su abanderado y un segundo momento que representó la madurez y plenitud de este movimiento, con el avance hacia nuevos derroteros poéticos más modernos. Se resaltaron los principales representantes de este, la diversidad de estilos y géneros, las obras más significativas y lo que aportaron a la nacionalidad y cultura cubanas, el reflejo en las creaciones artísticas del patriotismo y las ansias de libertad expresadas en ellas.

La influencia romántica fue determinante para el surgimiento de una literatura autóctona caracterizada por una concepción diferente de la naturaleza, los sentimientos y el hombre. También, un cambio en la forma de pensar y la creación estética, con la búsqueda de una identidad nacional, condicionando la necesidad de una cultura propia, donde la corriente nativista tuvo especial significación por develar, además de la belleza de los campos cubanos, su gente y sus costumbres, convirtiendo a la décima en una expresión nacional de cubanía.

De manera general se puede concluir que el estudio presentado permitió el análisis y la sistematización de los contenidos en relación con la contribución del Romanticismo a la forja de la nacionalidad y la cultura cubanas. Todo esto reflejó las urgencias y contradicciones de una sociedad que, como resultado de un largo proceso histórico, se autoidentificó diferente y única, por su naturaleza geográfica, su pensamiento, costumbres, tradiciones y símbolos que, a partir de

los cuales, cristalizaron los talentos literarios autóctonos, por la manera en que expresaron la cubanía, el amor a la patria y las ansias libertarias del pueblo cubano, que se manifestó con fuerza arrolladora durante los 30 años de lucha por la independencia.

Bibliografía.

Aguirre Mirta, Arias Salvador y otros. (1980). *Poesía Social Cubana*. Letras Cubanas. La Habana.

Aguirre Sergio. (1995). *De Nacionalidad a Nación en Cuba*. Pablo de la Torriente Brau. La Habana. Cuba.

..... (1974). *Eco de Caminos*. La Habana. Ciencias Sociales. Cuba.

Alfaro Vargas, Roy. (2005). *Relación literatura-sociedad. Una aproximación teórica*. Revista de Ciencias Sociales. vol. II, núm. 108. Universidad de Costa Rica. San José. Costa Rica.
<http://www.redalyc.org> art. (pdf)

Gómez de Avellaneda, G. (1969). *Diario de Amor*. La Habana. Instituto del Libro.en
<http://www.cervantesvirtual.com>

Barcia María del Carmen, Gloria García y Eduardo Torres Cueva. (1994) *La Colonia. Evolución socioeconómica*. Instituto de Historia de Cuba. La Habana. Cuba.

Barcia María del Carmen. (2009) “Mujeres al margen de la Historia”. Ciencias Sociales. La Habana. Cuba. <http://books.google.com.cu>

Batista Batista, Maritza. (2017). *La décima en la identidad cubana*. Editorial Académica Universitaria (Edacun). Las Tunas. Cuba. <http://edacunob.ult.edu.cu>

Bueno, Salvador. (1963) *Historia de la Literatura Cubana*. Tomo I. Ministerio de Educación. La Habana. Cuba. <http://books.google.com.cu>

Consejo Nacional de Cultura (1965) *Teatro*. Biblioteca Básica de Autores Cubanos. La Habana.

Cruz, Mary. (2008). *Obra literaria de la Avellaneda*. Pueblo y Educación. La Habana.

De la Torre, Carolina. (2002) “*Identidad e identidades*”, Revista *Temas*, No. 28. La Habana. Cuba. <http://temas.cult.cu>. art (pdf)

Gómez Esteban, Jairo Hernando. (2009). *El romanticismo como mito fundacional de lo joven*.

Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales. vol. 7, núm. 1, enero-junio. Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud. Colombia. <http://www.redalyc.org> art. (pdf)

González Pagés Julio C. (2005). En busca de un espacio: Historia de mujeres en Cuba. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. Cuba.

Gutiérrez de la Solana, Alberto. (1988) *La llama cubana en la poesía, desde el siglo XVII hasta Martí*. Revista Anales de la literatura hispanoamericana. Vol. 17 Universidad Complutense de Madrid. España. <http://revista.ucm.es> art (pdf)

Instituto de Literatura y Lingüística. Academia de Ciencias de Cuba. (1980). *Diccionario de la Literatura Cubana*. Letras Cubanas. La Habana. <http://www.cervantesvirtual.com>

Hart Dávalos, Armando. (1989). “*Rebeldía y cultura en Félix Varela*” . Revista Revolución y Cultura No. 1. <http://www.ryc.cult.cu>

Lezama Lima, J. (1965). *Antología de la Poesía Cubana*. La Habana, Cuba. <http://books.google.com.cu>

López Civeira Francisca y Otros. (2003) Cuba y su Historia. Editorial Félix Varela. La Habana. Cuba. <http://www.scribd.com>

López Lemus Virgilio. (1999). Doscientos Años de Poesía Cubana. Editora Abril. La Habana. Cuba. <http://www.iberlibro.com>

..... (1997) *Décima e Identidad*. La Habana. Editorial Academia. Cuba. 217p.

Martí Pérez J. (1975). *Obras Completas. Tomo XI* . La Habana. Arte y Literatura. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar>

Max Henríquez Ureña. (1978). *Panorama histórico de la **literatura** cubana*. Editorial Arte y Literatura. La Habana. Cuba. <http://books.google.com.cu>

Montes Huidoro Matías. (1974). *El teatro de Milanés y la formación de la conciencia cubana*. Anales de la literatura hispanoamericana. <http://dialnet.unirioja.es.art>. (pdf)

- Nápoles**, Juan Cristóbal. (1977) *Poesías completas*. La Habana. Editorial Arte y Literatura. Cuba. <http://www.isliada.org>
- Naranjo Orovio**, Consuelo. (2009). *Reseña Historia de Cuba*. Historia vol1. núm. 43. Enero-junio. Universidad Católica de Chile. <http://redalyc.org> art. (pdf)
- Ortiz**, Fernando. (1940). *Contrapunteo cubano del tabaco*. La Habana. <http://dialnet.unirioja.es.art>. (pdf)
- Padura**, Leonardo. (2017). *Jose Maria Heredia i la eleccion de la Patria*. *Revista Union*. www.cubaliteraria.cu
- Picón Garfield**, Evelyn. (2013) *Poder y Sexualidad: El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda*. Universidad de La Habana. La Habana. Cuba.
- Portuondo**, José A. (1960). *Bosquejo historico de las letras cubanas*. La Habana: Dpto. de Asuntos Culturales del MINREX. <http://books.google.com.cu>
- (2020). El contenido social de la literatura cubana. Colegio de México. <http://biblioteca.clacso.org/jornadas-21>. art. (pdf)
- Torres Cueva**, Eduardo. (2006). *En Busca de la Cubanidad. Tomo II*. La Habana. . <http://book.google.com.cu>
- Torres Cueva**, Eduardo y Oscar Loyola Vega. (2002) *Historia de Cuba*. Formación y liberación de la nación. La Habana. Cuba. Pueblo y Educación.
- Vitier**, Cintio. (1960). *Antología Los Poetas Románticos Cubanos*. Consejo Nacional de Cultura. La Habana. Cuba.
- (1970) *Lo cubano en la poesía*. La Habana. Cuba. <http://www.academia.edu>
- (1990). *"Zenea y el romanticismo cubano"*. Universidad de Pittsburgh. *Revista Iberoamericana*. <http://revista-iberoamericana.pitt.edu>
- (2002) *Cuadernos Martianos IV*, Editorial Pueblo y Educación. La Habana. Cuba.

Zambrana, Malleen (1952) Los Zambrana. (T. IV y V) P. Fernández y Cía. La Habana. Cuba

Zum Felde, A. (1943). *El problema de la cultura americana*. Buenos Aires.

[http://dialnet.unirioja.es.art. \(pdf\)](http://dialnet.unirioja.es/art. (pdf))